



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Avelaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Aibusne, Ardanz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomar, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Cervino, Cheste (conde de) Collado, Costina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Díaz (José María), Díaz Pérez, Durán, Dague de Rivas, Echevarría, (J. A.) Espín y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguitaz, Esconera, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio Fernandez y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin, Toro, Flores, Figueroa, Figueroa, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guelbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Mollas (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olaverria, Olavarría y Huarte, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pansa y Lantua, Pasual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rosell, Ruiz Amillero, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador del Salvador, Salmerón, Sanromá, Salvo, Sepúlveda, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trubba, Tubino, Talero, Ulloa, Vialera, Velez de Medrano Vega, (Ventura de I.), Vidart Wilson (baronesa de) Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Cemborain y España, (D. Eugenio), A costa (D. Juan), Ribí y Fontiere, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 18 de Enero de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras o sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—Alejandro Hamilton, por E. G.—El archipiélago filipino, por R. Ortiz y Beneyto.—Tristes recolets, por Ramón Palau.—La filosofía griega, por Josefa Pujol de Collado.—Lo hivern, por Narcís Oller.—Concepto higiénico del matrimonio, por José Núñez y Núñez.—La festa del certamen, por Esteve Palau.—Perfiles artísticos, por Antonio Guerra y Alarcón.—Bellas artes, por José de Siles.—En lo monaster de Sant Cugat del Vallés, por José Millet.—Jorge el gaitero, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Un suicidio y un escándalo, por M. Martínez Barriónuevo.—Maldito 6 de Enero (poesía), por Isaac Banda.—Perú, por Modesto Basadre.—España, por Antonio R. Garcia-Vao.—Colombia, por Francisco de la Fuente.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Banquete del Casino Democrático Progresista en honor de D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Discurso de Portuondo y Salmerón.—La provisión de cátedras.—Los planes del Sr. Oamacho.

El primer suceso que hemos de consignar en esta Revista, es el banquete que el 31 de Diciembre del año último se verificó en el Casino Democrático Progresista, en honor de don Manuel Ruiz Zorrilla.

Este banquete revistió verdadera importancia por la trascendencia de las declaraciones que en él se hicieron por los señores Salmerón, Portuondo, Ginard de la Rosa, Chies, Figueroa, Malagarriga, Francos, Llano y Persi, La Orden, González Valledor, Martín Rey y otros varios que no recordamos en este momento.

Los discursos pronunciados en el banquete de que dejamos hecha referencia, tienen una importancia excepcional, tanto por la fe, el calor y el entusiasmo que revelan, cuanto por ser el homenaje que se tributa al más inquebrantable de los hombres consecuentes de la España liberal.

Desde que se verificó la coalición en Mayo último hasta los sucesos de las Carolinas, la

figura del ilustre demócrata fué agigantándose a los ojos de la pública opinión, revelándose, con esto, la existencia de grandes y poderosas corrientes republicanas.

Las clases conservadoras a quienes amedrentaba la perspectiva de que el jefe de la democracia-progresista volviere a ser el hombre de gobierno, vieron con calma esta posibilidad, y estudiaron la cuestión con gran detenimiento y circunspección.

Después de verificado el banquete de 31 de Diciembre, habrán podido observar las clases conservadoras que el partido republicano es profunda y genuinamente gubernamental.

Los señores Portuondo y Salmerón así lo declararon en sus importantes discursos.

Una vez que declaraciones tan importantes se han hecho, ya no caben recelos, ni pueden blasonar los monárquicos de ser ellos solos los hombres de orden.

Hé aquí el del Sr. Portuondo:

«Si mis compañeros y yo no fuésemos dignos de la representación del partido en el Parlamento, yo renunciaría a vuestros aplausos. Allí, nosotros, sabremos mantener puras, íntegras, incólumes, las convicciones de nuestro partido, proclamando y defendiendo su conducta.

Importa que en ocasiones como la presente repetimos que nunca hemos sido nosotros óbice a la coalición y armonía de todos los republicanos para el fin común.

Somos un partido de batalla y a esto ajustamos nuestros procedimientos.

Aquel que muestre en esto debilidades, deja por ese sólo hecho de pertenecer a este partido, y deja de pertenecer también aquel que condene en absoluto la propaganda legal.

Con la conjunción de los dos procedimientos, se lleva la bandera al triunfo seguro de nuestros ideales.

El sentido revolucionario ha tenido siempre estas dos manifestaciones, que son indispensables a nuestro partido.

Cree que hace falta llevar a todas partes el convencimiento de la necesidad del establecimiento de la República.

Nuestro ilustre jefe piensa de la misma suerte; lo ha declarado cien veces é imprime siempre este carácter a sus determinaciones.

Cuando yo me afilié a este partido, había oído de labios del Sr. Ruiz Zorrilla la completa aprobación de mi representación parlamentaria.

¿Es que el Sr. Ruiz Zorrilla es un conspirador sistemático? No.

Ha dicho que mientras no se reconozca de una manera solemne la soberanía nacional, expresada por el sufragio universal, mientras no estén garantidos todos los derechos del ciudadano, nuestra actitud es francamente revolucionaria.

Pero ha dicho también que si todo eso se concediese, sería un crimen continuar en esta actitud.

Sépanlo los que aparentando desconocer nuestros principios, nos vilipendian ante el mundo entero.

¿Hay algún programa en la comunión republicana más abierto que el nuestro?

El posibilismo de un lado, y el federalismo de otro; apartando estos dos sentidos políticos ¿hay algo que signifique de una manera más clara y grande la armonía entre todos los republicanos que nuestro partido?

Si fuera posible que una Asamblea soberana creyera que era necesaria alguna mayor

amplitud para realizar la obra de la República, allí estaría yo.

La división entre las fracciones republicanas es tan fundamental y necesaria, que sería una desdicha que no existiera; si se trata de la conjunción de estas fracciones, para el fin común, eso es ya otra cosa; eso sí que es necesario.

En esta noche hemos tenido la satisfacción de presenciar un acto grande, el del distrito del Hospital, que ha llegado á una inteligencia asombrosa.

Eso es el ejemplo, ahí tenéis á las masas moverse en este sentido, imponiendo á las figuras de la República sus conjunciones; esa es la revolución.

Antes no podíamos hablar del ejército español, hoy podemos acusar á nuestros adversarios de tenerle con una fatal organización, que se hace preciso corregir y que corregiremos en momento oportuno en beneficio del mismo, que harlo lo necesita.

Horas, porque considero próximo el triunfo, que hablemos de lo que habrá de suceder.

Entonces aquella conjunción ya no tendrá razón de ser, y los tres partidos formarán la trinidad augusta de las instituciones republicanas.

Otra de las obras revolucionarias, es sostener en todas partes, en el Parlamento, y por todos los medios, nuestros convencimientos y principios.

Brindo por el Sr. Ruiz Zorrilla, que es la encarnación de la democracia, de la abolición de la esclavitud, de la libertad, del derecho y del sentido revolucionario.

Nosotros no adoramos á un ídolo, sino al jefe del partido que represente todo eso.

Brindo por la armonía.»

Después de haber transcrito la bella y elocuente peroración del Sr. Portuondo, réstanos tan sólo trasladar la bellísima oración pronunciada en aquel solemne banquete, por el eminente filósofo Sr. Salmerón.

Héla aquí:

«He querido manifestar con mi presencia en este banquete, el testimonio de adhesión á lo que significa, y no es ciertamente porque lo necesite; siempre me he significado en apoyar ciertas corrientes de fuerza para lograr el triunfo de la libertad y de la democracia, cuando los medios legales están cerrados por completo. He de recoger algunas alusiones que se me han hecho por los que me han precedido en el uso de la palabra. Los triunfos por la fuerza son siempre efímeros si responden á un sistema, y sólo duraderos cuando arraigan en las conciencias de los pueblos.

Nuestros adversarios explotan el apellido revolucionario que nos adjudican, porque así conviene á sus intereses. Es preciso hablar con claridad. Si nos encerramos en un espíritu estrecho, si nos amoldamos nuestra conducta á los grandes progresos políticos y sociales que el tiempo imprime á los pueblos, pondríamos obstáculos á muchas clases para que aceptasen la legalidad republicana por temor á las exageraciones revolucionarias. Se hace preciso que nuestras instituciones se basen en una gran confianza para todos los intereses. El orden y la propaganda han de ser medios seguros para que brote esa confianza. ¿Hay alguien que crea que este sentido que sustento, y debe sustentarse, entorpece la obra revolucionaria? No, pues yo no le niego mi concurso. Se ha aludido al hecho de la coalición electoral, es el que tomé parte activa, juntamente con la representación parlamentaria del partido, y yo acepto con ella todas las responsabilidades que aquel suceso pueda haber creado.

Fuimos á las elecciones de aquella manera porque demostrábamos dos cosas que debíamos consignar: que la República no era un campo cerrado, sino que con nosotros podían venir monárquicos á levantar el derecho de soberanía, en los colegios electorales; que la República no es obra de un partido.

¿Creéis que podría establecerse, si predicásemos la República sólo para los republicanos? No, sería una institución de recelos y de duda,

y nadie tendría en ella la necesaria confianza.

La República, para su consolidación, necesita ser obra de la patria. Quien tenga aversiones y odios á ciertos elementos, es que quiere para sí sólo el derecho, y eso no está conforme ni puede estarlo con el sentido genuinamente democrático.

La revolución tiene una expresión en la lucha material; esta es la última necesidad á que apelan los pueblos cuando la reacción impide el ejercicio del derecho.

En la fuerza, como sistema, sólo pueden pensar aquellos que pretendan imponerse á los pueblos, no los que pretendan fundar la patria sobre el derecho. Ahí está la Revolución francesa de 1789, que con una sola votación derribó el antiguo régimen. ¿Habrá acto más revolucionario y expresivo en la historia que el verificado en la noche del 4 de Agosto? ¿Hay alguien que crea que consiste la Revolución en mandar á la guillotina á Luis XVI para someter después á igual sacrificio á los héroes republicanos como Danton?

No podemos ser perpetuamente revolucionarios materiales. Si lo fuéramos, nos odiaría la nación. Necesitamos demostrar á los elementos, que no son republicanos, que la institución republicana nacida del derecho, respetará todos los derechos legítimos que existen y que no tendrán amparo más seguro ni más firme que la ley republicana. Es necesario que termine esa serie de errores antiguos, para que la legalidad creada constituya el respeto de todas las opiniones. Debemos pensar cuál es el estado del país, cuál nuestra significación y nuestra misión en los actuales momentos.

Vivimos en una monarquía sin monarca. A la hora presente existe una legalidad nacida de la Constitución, habiendo otra, hija de la tradición que pugna por destruir la primera. El gobierno, en estos momentos, no sabe si será tío ó tía, y todos ignoramos si llegará la unión de dos ramas que han ensangrentado la patria, ó si vendrá un retoño de aquella horrenda casa de Austria. No sabemos si la corte de Viena y el Vaticano, de acuerdo, tratarán de imponernos una institución absolutista. Esto es gravísimo y merece que los hombres públicos piensen seriamente en sus consecuencias. Tenemos en el camino en que seguimos un gran auxiliar; ha estado con nosotros la fatalidad de la naturaleza y una dinastía enfermiza. ¿Creéis que sería imperdonable que por nuestras imprudencias y arrebatos motiváramos que se pusiera un puntal á ese edificio que se derrumba? Una minoridad enferma una familia atizada por discordias interiores y algún protector que ya penetra en la casa con aires de dueño.

Es necesario que miremos con templanza los acontecimientos, sin olvidar otros trabajos para que en los momentos oportunos podamos herir con rapidez y de muerte.

El estado de la opinión es digno de mucho estudio.

Oyese por todas partes que esto no puede seguir así, que se hacen forzosas otras soluciones que aseguren la tranquilidad de este pueblo.

Esto, que es el rumor público, que se dice en todas partes, es un fenómeno que marca de una manera exacta lo que hemos adelantado.

Hay que desear, más que una República nacida de los entusiasmos, otra que venga suavemente y que sea producto de la necesidad del pueblo.

Aquí está el ejemplo de la República francesa, ante la que se han visto obligados á inclinarse su cerviz todos los intereses de aquel pueblo.

Mientras no vengan á buscar amparo en la República los intereses conservadores, estaremos sobre frágil arena.

Debemos fijar nuestra atención en el estado de las fuerzas republicanas.

Considero de absoluta necesidad la existencia de diferentes partidos republicanos, pero constituidos antes del triunfo, para diferenciarnos después por los precedentes, historia y compromisos adquiridos.

Y esto es tan necesario, que si aquella República que perdimos, cayó, no se debió á otra causa.

Aceptar la confusión, después de aquella triste enseñanza, jamás.

Aquellas odiosas competencias, aquella confusión lamentable, mató la institución republicana y faltó poco para degradar á sus hombres.

Por fortuna, existe ya esa diferencia entre nosotros, y esto tenemos adelantado.

Existe una derecha republicana, contra la que se han fulminado cargos sin razón, derecha que representa un fin elevado, y que constituye una esperanza lo mismo para los monárquicos condicionales, que para los que lo son por convicción, derecha que constituye hoy la garantía de los intereses conservadores, derecha á la que nosotros debemos aplaudir por su gran política.

Por esto dirijo desde aquí mi entusiasta felicitación y mi sincero saludo al ilustre representante de la República conservadora.

Existe una izquierda que lleva un nombre nacido en el ardor de la lucha y en el fragor del combate nombre que pudo adecuarse á aquellas circunstancias y que mejor estaría con el de la izquierda republicana, que es absolutamente necesaria para el bien de nuestras instituciones, y por eso envío á su ilustre representante, mi querido amigo Sr. Pi Margall, un aplauso entusiasta y cañoso, siquiera sin razón le hayan maltratado en ocasiones.

Constituye esa izquierda hoy una teoría, y más tarde aspirará á la organización del Estado, respondiendo á un adelanto de los pueblos.

Con el Sr. Portuondo he tenido ocasión de oír al Sr. Pi, que lleno de patriotismo y abnegación, está dispuesto á aceptar y contribuir á una Constitución, fundamento de una legalidad republicana, que sirviera de base al desarrollo de la política de los tres partidos, y que sea tan amplia como se considere necesario.

Todos los sacrificios que se hagan para dar garantía á los intereses conservadores, serán pocos.

No han de ser en esto ni la derecha ni el centro los factores más esenciales; ha de ser la izquierda, moviéndose dentro de la legalidad que nazca con aquella Constitución, á la vez que dentro de ella se mueven los elementos conservadores.

Gran ejemplo de estas armonías existe en Inglaterra, donde en estos momentos Gladstone acaba de proponer su programa, reducido á tres artículos.

Expropiación forzosa por causa de utilidad pública á los grandes propietarios para que lleguen á serlo los colonos. Impuesto progresivo. Instrucción integral. Estos artículos constituyen el programa de la Internacional y, sin embargo, á nadie han asustado en Inglaterra, y Gladstone acaba de triunfar en las elecciones.

Al Centro republicano se nos impone algo que constituye un deber.

Existen diversas fuerzas donde están hombres ilustres, y existimos nosotros con un programa nacido en otra época, y que quizás no se armoniza con lo que el partido debe ser en las actuales circunstancias.

Hay que decir á esos elementos que no por estar desprendidos de las agrupaciones organizadas dejan de ser valiosos; hay que decirles que no conviene á los intereses de la República ni á los del país la existencia de esas fuerzas aisladas y que necesitan ser atraídos por los elementos nutridos que tienen organización.

Nosotros tenemos para esto una política amplia y no habíamos de reparar en ensanchar los moldes en que vivimos, para que dentro de ellos tuvieran cabida esos elementos sueltos, naciendo una conjunción grande por sus elementos, grande por su gran significación.

Por cuestión de nombre, no hemos de señalar los obstáculos, que seríamos menguados unos y otros si por hombres impidiéramos la realización de ese gran suceso político.

Quizá la existencia de esos elementos sueltos sea la mayor dificultad para la conjunción

de los elementos republicanos, y continuando así impedirán todos nuestros movimientos.

Es preciso invitar á esas fuerzas intermedias á que se decidan, decidiéndose á venir al centro ó á la izquierda republicana.

Es fuerza de la costumbre terminar en estos actos los discursos brindando y brindando por las ilustres representaciones de esas fuerzas políticas, y por los elementos sueltos, á los cuales no se dirige la voz de un partido, sino la conjura de la patria, para la realización y consolidación de la gran obra republicana.

Brindo porque los intereses conservadores aprendan que la República representará el orden y la legalidad del pueblo, á cuyo amparo podrán tener hasta la necesaria intervención gubernamental.»

La complicada máquina de nuestra administración pública se mueve con una lentitud extraordinaria en todos sus ramos.

Los procesos criminales, duran años y años; los pleitos civiles, son punto menos que interminables; los expedientes administrativos, tardan muchos meses en tramitarse; las instancias, no se resuelven nunca, ó se resuelven en vida de los herederos de los solicitantes, y así de todos los demás asuntos en que interviene ese supremo poder del Estado, que se llama la burocracia, sea cualquiera la forma que revista, ora como burocracia judicial, ora como burocracia administrativa.

Y esto, que en los siglos pasados pudo tolerarse y no producir graves inconvenientes, dada la lentitud y el reposo de la vida de entonces, es intolerable y por extremo perjudicial en la vida moderna, de suyo apresurada; ligera y precipitada.

Hoy los hechos y las necesidades se atropellan y suceden en vertiginosa carrera, y cuando el Estado trata de acudir con sus recursos y sus medios, ya la oportunidad es pasada, y su intervención contraproducente. De aquí que, por lo general, se prescindiera de él y se haga á espaldas de la administración lo que debió hacerse por su iniciativa y con su concurso.

Pero no siempre esto es posible, y entonces los males del estancamiento y de la paralización dejan sentir sus perniciosas y dañinas consecuencias.

Tal sucede, por ejemplo, con la provisión de cátedras.

Es la enseñanza una función permanente, que no da espera ni admite dilación. Bien ó mal, se ha de dar todos los días, so pena de cerrar los establecimientos públicos á ella consagrados.

Por esto el personal educativo ha de estar siempre completo. Las vacantes que en él ocurren deben proveerse con rapidez, para evitar que la función se suspenda ó se confie interinamente á personas imperitas ó torpes.

La ley atendió á esta necesidad, mandando que las cátedras se provean en seguida, sin más plazos que los necesarios para escoger el más apto, ora por concurso, ora por oposición.

Pero sus disposiciones no se cumplen. Jamás se ha dado el caso de que una cátedra de Universidad ó Instituto se provea dentro del tiempo reglamentario, á no ser cuando se trata de favorecer á un amigo, único propulsor de nuestra máquina administrativa.

Extrañábase la prensa de que el Sr. Camacho no hubiese expuesto sus planes ante el país, dada la actividad que le distingue para acometer reformas; pero el actual ministro de Hacienda ha resuelto nuestras dudas y extinguido nuestra extrañeza con el proyecto de autorizaciones sometido á la aprobación de las Cortes.

Cinco puntos comprende el plan del sucesor del Sr. Cos Gayón:

- 1.º Reorganización administrativa.
- 2.º Reforma del impuesto de consumos.
- 3.º Supresión de los premios de expendición de efectos timbrados, estableciendo en su

lugar dos tarifas, una para el público y otra para los estanqueros.

4.º Declarar subsistente el art. 3.º de la ley de 25 de Julio de 1884, y

Considerar prorrogado el estado actual de la tributación de las provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. Como fácilmente se observa, el Sr. Camacho ha relegado al olvido la nivelación del presupuesto y la desesperación de la deuda flotante, para fijarse en cuestiones de escasa importancia, comparadas con las que omite en su proyecto de autorizaciones.

Útiles podrán ser las modificaciones que introduzca en los puntos concretos que abarca su plan, pero más necesarias eran las que repetidas veces hemos solicitado, que quedan aplazadas para ser sometidas á detenido estudio como si el Sr. Camacho quisiese volvernos á los tiempos conservadores, en que los ministros eran eternos estudiantes que abandonaban su cargo sin haber aprendido la lección á satisfacción del país.

Por otra, el tan justamente censurado sistema de las autorizaciones, es tan á propósito para cometer cuantos errores y torpezas conciba la mente, que las Cortes deben mirar mucho el conceder autorización alguna á cualquier ministro, porque la justificación que después ha de hacer en el Parlamento de sus actos, no tiene alcance ni importancia, por no ser una verdad en nuestra patria la responsabilidad ministerial.

Si los planes del Sr. Camacho no consisten más que en deshacer la obra de su antecesor, logrará desencantar áun á sus más antusiasmas defensores, los bolsistas, y perderá poco á poco el prestigio adquirido en su última época de gobierno, en la cual aparecía como una esperanza para la regeneración de la patria hacienda.

El camino seguido por el Sr. Camacho no conduce sino al descrédito propio, no acometiendo con fe las reformas reclamadas por la opinión; la triste situación del Tesoro se prolongará, y el déficit, que aun hoy podría conjurarse, aumentará extraordinariamente, convirtiéndose en gigantesca montaña lo que sólo es ahora atómico grano de arena.

RAGUER.

ALEJANDRO HAMILTON

Por entre la constelación de hombres ilustres aparecidos con ocasión de la famosa epopeya llamada guerra de la Independencia de los Estados Unidos, brilla cual astro de primera magnitud Alejandro Hamilton.

Fama mejor cimentada y honradez superior á la suya no las hay ni las ha habido entre los hombres públicos, corriendo parejas aquellas cualidades con la energía y claridad de su talento, siempre puesto al servicio del bien, siempre propicio á la justicia, siempre dispuesto en favor de la libertad.

Al servicio de las armas; en la Convención de Filadelfia que dotó al pueblo norteamericano de su Constitución; en el gabinete de Washington, como ministro de Hacienda, en el seno de la amistad y de la familia, siempre Hamilton se sostiene á una altura que sólo es dable alcanzar á los hombres con quienes la naturaleza háse mostrado espléndida, dotándolos de una capacidad nada común y de una entereza y energía excepcionales.

De Hamilton puede decirse sin reticencias que es el tipo del ciudadano de un pueblo libre. Veámoslo.

Coincidió su nacimiento con el período en que iba á tomar cuerpo la generosa idea de Independencia de las colonias inglesas. Nació en Nevis, el 11 de Enero de 1757, y sus padres fueron un escocés y la señorita Faucette, de origen francés.

Huérfano de madre y habiendo sufrido rudo quebranto la fortuna de su padre, á los once años era conducido á la pequeña isla de Santa Cruz para colocarlo en una casa de comercio. Muestra ya tan temprano aspiraciones que más tarde había de ver realizadas. Decía en una de

sus cartas: «Desprecio la humilde condición á que la fortuna me condena; por elevar mi posición arriesgaría con gusto mi vida, pero nunca mi honor. No soy filósofo; se me dirá que hago castillos en el aire, pero muchas veces los sueños se convierten en realidades cuando el que ha soñado tiene constancia. Quisiera que hubiese una guerra.»

Desde entonces fué incansable en el estudio de los principales ramos del saber humano, hasta que por fin llamó la atención de sus parientes, quienes, cuando Hamilton contaba quince años, en 1772, le mandaron á un colegio de New-Jersey. A fines de 1773 iba á cursar medicina en el King's College de New-York, donde daba ya claras muestras de su valer. En aquella época había ya comenzado la agitación popular en el continente norteamericano, y por las calles, por las plazas y paseos, la menor cosa daba pretexto para formar corros, en los cuales crecía el entusiasmo y se improvisaban discursos y nacían oradores. Hamilton no podía dejar de interesarse en el movimiento, dado su carácter y especiales condiciones, por lo cual nada tiene de particular que á la salida del colegio fuera á dar pábulo á la agitación convertido en orador público y alcanzando el aplauso popular de una manera singularísima.

Entre los muchos folletos anónimos aparecidos cuando se trataba de ver si el Norte América provocaba un conflicto á Inglaterra, valiéndose de medios pacíficos, como cortando toda relación de comercio, ó bien de una manera brusca rompiendo los lazos que unían á ambas entidades, apareció uno de tantos folletos titulado: *Simple defensa de las medidas propuestas por el Congreso*, refiriéndose al de 1771, primero de los celebrados por la revolución. Fué dicho folleto el más notable entre cuantos aparecieron. Sosteníase en él el derecho inalienable de las colonias, Representación, Voto del impuesto, Jurado, llamando además la atención sobre la necesidad de procurar el desarrollo de la industria, señalando el cultivo del algodón como un porvenir para las provincias meridionales y encaminándolo todo á prescindir de la metrópoli, del centro de absorción: Inglaterra.

Atribuyóse dicho folleto á M. Jay, jefe de partido en New-York, porque su verdadero autor, joven de dieciséis años, cursante entonces, Hamilton, en fin, era desconocido aún de sus conciudadanos.

En 1775, la causa de la Independencia recibía el bautismo de sangre, y nuestro hombre, mejor diríamos nuestro niño, organizaba en su colegio una compañía con el nombre de los *Corazones de encina*. Tomando por divisa el lema: *¡Libertad ó muerte!*

Aquí Hamilton termina la carrera del estudio y comienza la del hombre que siente y lucha por un ideal.

De improvisado jefe de escolares condiscípulos, pasa en Marzo de 1776 á capitán de una compañía provincial, llamando pronto la atención de generales como Greene, Washingtong y Lafayette, hasta que, habiéndose distinguido notablemente por su inteligencia militar en su retirada de Long-Island, en Trennot y en Princenton, Washingtong le tomó como ayudante de campo con el grado de coronel, no tardando en ser el confidente del gran hombre de los Estados Unidos, de quien recibió siem las más efectuosas muestras de aprecio.

Sirvió, pues, brillantemente en la guerra de la Independencia, siendo el lazo de unión entre el improvisado ejército del país y del ejército francés, gracias á que poseía los idiomas de ambos y la confianza de Lafayette y Washingtong.

Cuatro años después de proclamada la independencia de los Estados Unidos, habiendo un pequeño disgusto entre Washingtong y Hamilton este último abandonó las armas para abrazar la carrera de abogado en New-York, pues aunque casado con la hija del general Schuyler, veíase obligado á buscar nuevo modo de ganar la subsistencia.

Tenemos ya al hombre en la plenitud de la vida, cambiado de carrera, enérgico como

siempre, y siempre deseoso de ser útil á su patria y á la libertad. A los dos años de residir en New-York y de adquirir gran reputación se le mandó al Congreso.

Los Estados Unidos pasaban entonces por una situación difícil. El ejército, durante la campaña de la Independencia, no recibió sus pagas; los oficiales estaban empeñados; la paz no estaba aún consolidada, y era de temer por todas estas causas una guerra civil.

Hamilton en el Congreso defendió á sus antiguos compañeros de armas, y para que no se le creyera interesado, declaró antes que renunciaba todo cuanto á él correspondiera, pidiendo que fueran reconocidos los derechos de los oficiales. El Congreso, estando exhausta de fondos la Hacienda, desoyó á Hamilton, y sólo cuando el conflicto se hubo presentado decidióse á ser justo.

Pero entonces presentó otro cáziz la cuestión. Al reconocerse la deuda á los militares no había manera de satisfacerla por falta de dinero, y se estaba en visperas de una bancarrota. El Congreso carecía de medios y de datos para resolver la situación, pero en su seno contaba un Hamilton que, así como suyo conquistar un puesto en el ejército y luego se improvisó abogado, improvisóse también hacendista. Con asombrosa facilidad dominó al punto la cuestión ilustrando al Congreso y proponiéndole consolidar todas las deudas, tomando á cargo de la confederación la deuda militar y las deudas de los Estados, creando la unidad financiera, al objeto de obtener la unidad nacional. Propuso, además, el establecimiento de aduanas en las costas del Norte América; establecía, en fin, una unidad de recursos para resolver la deuda común.

Esto, sin embargo, no satisfacía al partido democrático, que quiso ver en Hamilton un monárquico enemigo del nuevo orden de cosas. No desmayó por esto, antes al contrario, habiendo aumentado el malestar y cundiendo la miseria y los desórdenes, asocióse á Madison para promover la famosa convención de Annapolis, la cual reportó inmensos beneficios al comercio de aquellas regiones. Pero viéndose esta convención impotente y con iguales preocupaciones para resolver el conflicto rentístico, redactó el informe de la convención de Annapolis dirigido al pueblo norteamericano, en el cual se proponía que éste nombrase otra convención para reunirse en Filadelfia en 1787, al objeto de remediar los defectos de la confederación, proponiendo que, una vez redactado el proyecto de Constitución, fuese sometido á la discusión popular.

En este punto Hamilton mostróse con toda la energía y grandeza de su carácter.

La convención de Filadelfia había hecho la Constitución, pero no satisfacía por completo á ninguno de cuantos le habían confeccionado, y sin embargo, todos reconocían la necesidad de adoptarla. Aquellos hombres tuvieron la abnegación de sacrificar una parte de sus convicciones en aras del interés común, pero Hamilton descoló sobremanera. Tomó á su cargo hacer aceptar aquella Constitución á trece diversos Estados, que la discutieron trece veces, aprobándola, siendo preciso para llegar á tal resultado aunar intereses opuestos, acallar celos y rivalidades, para lo cual valióse siempre de armas de buena ley.

No había bastante con esto y Hamilton se unió á Madison y á Jay, que representaban los distintos matices políticos, pero que estaban convencidos de que la Constitución aquella significaba la salvación del país. Los tres decidieron la publicación de una serie de artículos sobre la Constitución, cuyo trabajo se considera aún hoy día como sus mejores comentarios, y se hallan reunidos en abultado volumen bajo el título de *The Federalist*. Ochenta y cinco números aparecieron de esta serie, de los cuales redactó Hamilton cincuenta y uno, pero yendo todos firmados bajo el pseudónimo *Publius*, hé aquí una pequeña muestra de tan notable como trascendental trabajo, extractado del número I dedicado á introducción ó prefacio escrito por Hamilton:

«Probada hasta la evidencia la impotencia

del gobierno actual, se os llama á deliberar sobre una Constitución para los Estados- Unidos, cuya importancia se comprende con sólo expresar su objeto. Se trata de la existencia de los Estados Unidos, de la suerte del Imperio más interesante del Universo; al cual parece reservado el decidir la gran cuestión de si los hombres son ó no capaces de darse un buen gobierno por reflexión y por elección, ó si están condenados á recibir eternamente un gobierno del azar y la fuerza. La crisis en que estamos es decisiva para este problema. Si nos engañamos, nuestro error será fatal á todo el género humano.

«¡Dichosos nosotros si nuestros pasos son dirigidos por la sana apreciación de nuestros intereses verdaderos y por un juicio libre y ajeno á toda consideración extraña al bien público! Esto es lo que debemos desear más bien que esperar. El proyecto sometido á vuestras deliberaciones hiere demasiados intereses para que deje de ser atacado por una multitud de motivos que le son extraños; por las pasiones y por las preocupaciones poco favorables á la libertad.

«Como en todas las grandes discusiones nacionales, es de temer que la animosidad y las malas pasiones se desenfrenen. A juzgar por la conducta de los partidos opuestos, fácil es esperar hacer triunfar su opinión y aumentar el número de sus prosélitos por la violencia de sus declamaciones y la acritud de sus invectivas. El celo ilustrado por la energía y la eficacia del gobierno se denunciará como el crimen de un amigo del despotismo, de un enemigo de la libertad. La inquietud demasiado escrupulosa por la conservación de los derechos del pueblo... se considerará como el medio de usurpar una gran popularidad á expensas del público. Por una parte se olvidará que la envidia es compañera inseparable del amor violento, y que el noble entusiasmo de la libertad va con facilidad hasta la desconfianza.

«Por otra parte se olvidará que la fuerza del gobierno es esencial para el sostenimiento de la libertad. Que en sentir de un espíritu recto é ilustrado estos dos intereses son inseparables, y que la peligrosa ambición se oculta más frecuentemente bajo el velo especioso del amor al pueblo que bajo la poco seductora apariencia del celo por el gobierno.

«La historia nos enseña que el primero de estos dos caminos ha conducido al despotismo más amenado que el segundo, y que la mayoría de los hombres que han destruido la libertad de las repúblicas han comenzado por captarse la benevolencia del pueblo y se han hecho demagogos para convertirse luego en tiranos.

«Si yo publico estas reflexiones es con el objeto de poner en guardia á mis conciudadanos contra todas las tentativas que se puedan hacer por una y otra parte para influir en sus decisiones por otros móviles que la razón y la verdad.

«Creo firmemente que está en vuestro interés el adoptar la Constitución, y que en ella están empeñadas vuestra libertad, vuestro poder y vuestra prosperidad.

«En cuanto á mí no afectaré una reserva que no tengo, ni procuraré engañaros con la apariencia de la duda cuando mi opinión está formada. Confieso francamente mi opinión, y os diré con franqueza las razones en que está fundada. Cuando se tiene conciencia de la rectitud de las intenciones se desdeñan los ambages.

«Respecto de esto no prodigaré las protestas. Mis intenciones son el secreto de mi corazón; mis razones serán expuestas á los ojos de todos y todos podrán juzgarlas. Las presentaré con un valor que no perjudicará en nada á la causa de la verdad.»

El interés que despertó la publicación de *El Federalista* y la campaña de propaganda emprendida por Hamilton determinaron en favor de la Constitución á todos los Estados y á todos los ciudadanos. *El Federalista*, no en balde calificado de «Manual de la libertad», es una de las epopeyas más simpáticas llevadas á

término en favor de una causa. Apareció el número I ó introducción antes extractada, el 27 de Octubre de 1787 y el último ó la conclusión, el 15 de Agosto de 1788, redactados uno y otro por Hamilton.

Cuando Washington ocupó la presidencia de los Estados Unidos en 1789, llamó para formar Gabinete á Jefferson, jefe del partido democrático, que juzgaba escasa la independencia concedida á los Estados, y á Hamilton, que encontraba limitadas las concesiones hechas al poder central, y asoció á ambos los generales Knox y Jay.

Hamilton desempeñó la cartera de Hacienda, donde por falta de dinero y sobra de deudas residía el gran problema de la naciente confederación. En este caso el gran ciudadano pudo realizar sus proyectos; salvó á su país de la crítica situación financiera, levantando el crédito á gran altura, á pesar de todos los rutinarios, y un hoy Hamilton continúa siendo el más importante entre todos los ministros de Hacienda que han conocido los Estados Unidos.

Pidió retirarse del Gabinete en 1795, contando 38 años, después de haber fundado el sistema financiero de su país. Uno de sus biógrafos dice al llegar á este punto: «Ministro de Hacienda y liquidador de una enorme deuda, había restablecido la fortuna del Norte América, pero se había olvidado de hacer la suya.»

Volvió al seno de su familia y á ejercer la profesión de abogado, cuando ya el país no tenía necesidad de sus servicios; pero en 1796, con motivo de una discordia entre Francia y los Estados Unidos, originada en una torpeza del Directorio, la Confederación creyó necesario estar dispuesta para la guerra, á cuyo efecto, el presidente Adams ofreció su mando á Washington, quien declaró que no aceptaría sino á condición de que Hamilton fuese nombrado inspector general, como así fué, siendo él quien organizó aquel ejército, de cuyo mando se encargó á la muerte de Washington, pero no habiendo pasado á vías de hecho las enemistades de Francia con los Estados Unidos, Hamilton volvió á la vida privada en 1801, de la que no volvió á salir.

Sin embargo, continuaba interesándose por la cosa pública, y como hubiera expresado el concepto de «hombre peligroso» que le merecía el vice presidente de los Estados Unidos, coronel Aaron Burr, que se presentaba candidato para ser gobernador del Estado de New-York, éste, ofendido citóle á duelo.

Teniendo Hamilton justo criterio sobre el desafío, no hubiera aceptado si no temiera la pérdida de toda su influencia. Recordaba que tenía esposa, hijos y deudas; que necesitaba vivir para los demás, pero como estaba decidido y no temía el duelo, aceptó declarando ante sus amigos que dejaría tirar dos veces á su adversario y que si le llegaba el turno él no tiraría.

El 11 de Julio de de 1804 realizóse el duelo en New-Jersey y habiendo tirado Burr el primero, hirió á Hamilton en el costado derecho, pasando la bala á través de las vértebras. El mismo reconoció al momento que la herida era mortal.

El día siguiente á las dos moría después de haberse despedido de su esposa é hijos; cuando se los llevaron cerró los ojos para no verlos partir.

Tales son los principales rasgos de la vida del gran hombre que tanto contribuyó á la obra de la Independencia del Norte América y á la consolidación de tal empresa.

¡Lástima grande que viniera á morir á manos de un tipo repugnante, que más tarde, poniendo en peligro la tranquilidad de pueblos enteros, evidenciaba sus propósitos bajos, raseros é infames.

¡Y luego se dirá que hay Providencia!

E. C.

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

(Continuación)

Ya en números precedentes dimos del Archipiélago Filipino una reseña geográfica; hemos visto, aunque someramente, cuánta es la riqueza de aquel suelo en sus reinos mineral y vegetal, y vimos también el criminal indiferentismo, con que la metrópoli mira aquel hermoso mundo marítimo, tan digno de ser mirado con solicitud, como codiciado por otras naciones, más dadas al fomento de la riqueza que la nuestra.

Muchos son los que con más elocuencia y mayor número de datos, han señalado á los poderes públicos y á la pública iniciativa el derrotero de aquellos tesoros, y sin embargo, nada práctico se ha conseguido; esto, no obstante, no arranca á nuestras manos la pluma, toda vez que aún en la convicción profunda de que cual tantos otros serán perdidos nuestros esfuerzos; al realizarlos nos queda la íntima convicción de haber cumplido un deber de humanidad y de patriotismo.

Vamos, pues, á reanudar el estudio del Archipiélago Filipino, en su parte histórica.

Está fuera de duda que los primeros pobladores de Filipinas fueron los negritos, raza que hoy se encuentra en lugares apartados y en camino de su extinción.

Esta raza, ya muy degenerada, es de un color sumamente oscuro, de bastante robustez y crespos cabellos.

Su estado, absolutamente salvaje, hasta la antropología, llena de religiosas supersticiones que la inspiran odios eternos hacia las otras razas.

Del origen de esta familia, nada ha podido averiguarse á pesar de las investigaciones practicadas, que han venido á perderse en las oscuridades de prehistóricos tiempos.

Montaraz é indomito el negrito, profesa por herencia odio á muerte al tágalo, y cuando entre su tribu ó familia muere alguien, aun cuando la muerte sea natural, culpan de la desgracia á la otra raza y no queda satisfecho su afán, hasta haber dado muerte á algún tágalo.

Es rarísimo, por consiguiente, el mestizo que de ambas familias puede encontrarse en aquel país, pues el primero, si busca al segundo, es únicamente para la consumación de un sacrificio.

En pos de esta primitiva raza, se presenta el indio tágalo, y aun cuando de su presencia en el Archipiélago hay gran diversidad de pareceres, sólo señalaremos las dos teorías que revisten mayor carácter de verosimilitud.

Cuando los españoles pisaron el suelo filipino hallaron escritura allí, pero ni á la china, ni á la japonesa, ni al sanscrito, ni al tamul, ni al talengo, ni al árabe, tenía puntos de analogía en que fundarse para venir al conocimiento de la procedencia de aquella familia; un dato solo pudieran apreciar.

Entre los idiomas americano y malayo, hay muchas palabras parecidas y hasta iguales, y unido á este detalle el ser tradición entre los indios, que sus antepasados procedieron de Borneo, debemos descartar, para buscar la cuna del indio á Asia y África.

Está confirmado á su vez que á Filipinas llegaron hijos de Borneo, que al cruzarse con negras aetas, originaron la raza mestiza, llamada *dayhagang*.

Está, pues, terminante que las corrientes marinas y los vientos llevaron al azar embarcaciones extraviadas, hasta las arenas de aquellas costas, cuyos tripulantes, no contando con conocimientos ni elementos para volverse á su país, nuevos Robinsones, quedaron en aquel suelo, y es á la vez indiscutible que estos primeros naufragos, mezclándose con los negritos, dieron lugar á las distintas razas que hoy pueblan aquel vastísimo país.

La segunda de las teorías de que tomamos nota, difiere en absoluto de la apuntada, y como ésta, tiene sólidos fundamentos en que apoyarse, ó quizá más positivos.

Los estudios etnográficos no dan una solución concreta al asunto, y por eso fundán-

donos en hipótesis, habremos de atenernos á la más racional suposición.

A primera vista parece que sea el indio filipino hijo de la raza amarilla, pobladora de la región asiática, pero ya hemos visto que hay fundamentos que tienden á destruir esta creencia, y en los que, sin embargo nosotros hallamos poderosísimo auxiliar, para llegar á la meta de la investigación.

Cuando los portugueses arribaron á Borneo, encontraron en sus puertos embarcaciones chinas, de donde se deduce que existía comercio, íntimas relaciones y hasta mezcla de razas.

Si de observación en observación, venimos á estudiar algunas tribus del Archipiélago, como, por ejemplo, los salvajes de Benguet, en cuyo dialecto se escuchan sílabas *cha, che* de puro origen chino, y llegamos con la investigación frenológica hasta los *tingnianses*, cuyos rasgos fisonómicos, dejan ver bien á las claras el origen chino; y en casi todas las familias encontramos como autoridad ó patriarca un individuo á quien se nombra *Cabeza de Barangay*, cuyo origen, no puede dudarse, proviene del patrón ó piloto de las embarcaciones chinas, llamadas *barangay*.

Podemos dar como indiscutible que las corrientes y los vientos, han sido los más poderosos auxiliares de población de nuestro Archipiélago Filipino, y que dejando por imposible de investigación el origen del negrito, hemos llegado al conocimiento exacto de la procedencia del indio tágalo que, dividido en distintas razas, tiene su matriz en Malayo-Americano y Malayo-Asiático.

También está probado que de Carolinas y Palaos, perdidas del mismo modo y de igual manera llevadas, arribaron embarcaciones a Filipinas, pero como esta familia nos obligaría á buscar á la vez su origen, prescindimos de tomar en consideración este elemento de razas, aportado por la casualidad al campo de nuestros estudios.

R. ORTÍZ Y BENEYTO.

(Se continuará)

TRISTOS RECORTS

Á MA CARA GERMANA COLOMA

Com l' amor de'ls pares
no n' hi ha cap mes.

Un jorn de tos ulls vaig veurer
llàgrimes á dolls brollar,
que per tes marcides galtes
com perles navan rodant,
¿Que t' apena, Colometa?
¿per qué t' llisquen rostres avall
llàgrimes del cor eixides,
que tos ulls han escaldat?

Mes tu absenglots respongueres
y vers l' inmens mantell blau
l' esguart girares, l' lentsantme
amarch suspir per l' espay.
Y com m' ansietat creixia,
de nou preguntarte vaig
la causa de tos martiris,
que á mi 'm robavan la pau.

Llavors breus moments dubtares,
aprés donáres un pas:
jo tos moviments seguia.
sentint tremolor estrany.

Vas caminà altra vegada,
pálida com lliri blanch,
vers á una sala guiantme
ab ta febroseca má.

Sent allí parlar volgueres,
mes sols vas pogué signarm
una cambra, ahont hi havia
lo ser per mi mes aymat.

Foll de dolor vaig l' lentsarm
dins la cambra com un llamp,
y ¡oh disort! lo nostre pare
allí troví agonisant.

Del cor m' eixí un crit de ¡¡pare!!
sentí glassàrsem la sach
en les venes y... colltórsem

y... ma vista nuvolars.

Y correr per tot mon esser
freda suor com lo glás,
ma pobra pensa enfosquirse.
y... caurer agenollat.

II

Los dos prop la capsalera
del llit mos vàrem posar,
tu á l' un costat y jó á l' altre;
nostre germá mes avall.

Ell als tres mirar volia.
la vista anava girant
per son entorn y 'ns cercava,
semblantne que nostres planys.

Dintre son pit ressonessin
ensemps que sou trist rugall:
per só la ma 'ns estrenyia
ab les setes dues mans.

Hi hagué un moment de silenci,
de geladora ansietat,
casi ningú 's beilugava
ni gosava á respirar.

Llavors mes fort nos va estrenyer,
va mourer un poch lo cap
y com dihent—Fills vos deixo—
sos ulls per sempre aclucá.

Aprés gemechs sols s' ohiren,
plors de fel y tristos ays,
nostres cors esbossinantne
aquell etern adeussiau.

III

¡Pobra Coloma que 'n la terra restas
sens un niu que t' resguart
de les eternes lluytes d' eixa vida,
que prest comensarás!

¡Pobra orfaneta sense pare y mare!
¿quant sentis greu pesar
dintre ton tendre cor. encara verge,
com élls qui 'l mimvará?

¡Que's trist, dolsa auccelleta, aixís travarse
tenintne sols quinze anyst!
¡que's trist lo viurer sense pare y mare!
¡Qui 'ls pert tan sols ho sab!

Ningú com élls 'ns cuyda, germaneta,
si acás estém malats;
ningú com élls dejuna per donarnos
un bocinet de pá.

Ningú donarnos sab tan dolsos besos;
ningú 'ns sab abraçar
semblantne en nostre cor tanta gaubansa,
tanta felicitat.

Ningú á la nit s' aixeca sols per veurer
si estém ben acotxats,
caminant poch á poch y de puntetes
per por de despertans.

Ningú llur sanch daria per nosaltres,
ningú com élls jamay
l' existencia joyós ne donaria;
que asó sols élls ho fan.

Mes si avuy angelet dintre ta pensa
porto recorts amarchs,
no t' creguis no que ho fassa per ferirte,
no es mon intént aytal.

Ho faig, nineta hermosa, pergue pensis
lo molt que t' van aymar
aquells dos sers que 'ns daren la existencia,
y que no 'ns ouhen já.

Ho faig perquè segueixes sent com ara
de virtuts clar mirall,
y sápigues ser mare y ser esposa
si t' ribas á casar.

Y ho faig perquè si t' falten nostres pares
y s' amor sens igual,
sápias que dins mon cor per sempre t' guardo
un reconet per cau.

Hont podrás viurer ab quietut, aymada
per mi ab amor tan gran
que t' jur no hi haurá 'l mon germá qu' estimi
com jo á tu t' se se estimar.

RAMÓN PALAU.

Sant Martí de Provensals.

LA FILOSOFIA GRIEGA

El espíritu humano, al iniciarse en los misterios de la filosofía griega, experimenta una especie de vértigo, nacido de la convicción íntima de nuestra pequeñez, y de la estática con-

templación, del increíble esfuerzo realizado por Grecia, la tierra clásica de la poesía y del arte, en la esfera del mundo moral. La mente atónita, recorre ansiosa todas las gradaciones de aquel sobrehumano esfuerzo, concibiendo apenas, cómo la primera manifestación de la filosofía griega, protegida por el pensamiento oriental, se enlaza a la escuela jónica, saludando gozosa los indecisos albores de la ciencia desde el seno de la naturaleza; de qué suerte el esfuerzo de la voluntad detiene con Sócrates la loca carrera de las escuelas filosóficas primitivas, las cuales, a manera de inexpertas mariposas, van a quemar sus alas a la luz inmortal del pensamiento, y por qué ley misteriosa de la historia, al salir espiritualizada la filosofía de las academias del divino Platón, se incorpora a las escuelas aristotélicas, buscando a Dios en la naturaleza, y después de detenerse un momento, ansiosa de reposo, emprende otra vez su penosa peregrinación en pos de nuevos excépticos, nuevos sofistas, Epicuro y Zenon, a la cabeza de sus respectivas sectas, dando la señal más manifiesta de la turbación interior que agita a los pueblos helenos, preparando los dispersos restos de la filosofía griega, para elevarlos en holocausto a Dios desde los altares de Alejandría, destinados a refundir la idea nueva y el pensamiento capital del mundo antiguo, demostrando en sus varias evoluciones; en sus incesantes y peregrinos trabajos, de qué manera la filosofía, como todo lo del mundo, al ascender desde la madre naturaleza a la misteriosa región de la turbada conciencia, debía elevarse, perderse, finalmente, en el seno de Dios, como la melodía dormida en el arpa se pierde en los espacios infinitos, y como obedeciendo las leyes que rigen las afinidades, se buscan y se confunden los esparcidos átomos que están llamados a formar nuevos mundos.

La historia de los esfuerzos realizados por la filosofía griega, es la eterna historia de las luchas que anonadan al humano pensamiento a través de los siglos, luchas que no deben acabar nunca y dicen friamente a nuestra razón, siempre sedienta de eternas verdades, que si nos es preciso creer en esos dos poderes misteriosos, el bien y el mal, Dios y el demonio, en pugna sin descanso, para alcanzar la supremacía del mundo, el corazón podrá ser muy bien obra de Dios, puesto que en él residen los sentimientos más nobles de la criatura; pero la cabeza sólo puede conciliar su origen con los males que nos causa, siendo obra del demonio, la estridente carcajada de Satán, al hundirse desesperado en la región de las sombras, produjo sin duda el pensamiento, y esa carcajada fatal repercute aún en todas y cada una de las generaciones que pueblan la tierra, porque el hombre es el eterno Prometeo de los siglos que, encadenado a la roca de su impotencia, lucha en vano para alcanzar ese mas allá que concibe, deseo que nunca verá realizado, sueño que jamás se verá cumplido, vértigo que aturdirá su cabeza, hasta el supremo instante de reclinarla desfallecido en la tumba, para pedir a la fría región de la muerte, esa anhelada paz, que es y será siempre un delirio, en medio de las agitadas contingencias de la vida.

¡Admirable misión de la antigüedad! El místico Oriente había convertido al hombre en un átomo de la inmensa naturaleza al pie de los altares de sus groseros dioses; Grecia, enamorada de la humana hermosura, la convierte en el bello ideal de sus divinas artes; Roma arroja al mundo moderno sus leyes y sus códigos, elaborados con los dispersos fragmentos del mundo antiguo y de aquella época que debía ser decisiva para el porvenir de la humanidad, el Oriente es su místico sacerdote, Grecia su amoroso artista y Roma la síntesis turbulenta, la última palabra de aquellas civilizaciones desvanecidas en el polvo de los siglos.

Grecia y Roma llenan de resplandores la antigüedad por la gran obra que llevaron a cabo en sus distintas esferas; pero nosotros, los hijos de la impresionable raza latina, si bien agradecemos los beneficios que nos ha le-

gado la colosal civilización romana, no nos es posible considerar particularmente a Grecia sin sentirnos poseídos de la más profunda emoción, porque hay algo en el fondo de nuestra pobre alma que nos inclina hacia la eterna artista de la historia, algo que nos subyuga dulcemente, algo que nos atrae, como el hijo se siente atraído hacia su madre por irresistibles corrientes de simpatía, puesto que Grecia es la madre dolorosa de la humanidad, el misterioso genio que tenderá siempre sus alas sobre los rientes pueblos del Mediodía, felices herederos de sus inmortales artes y de su inagotable inspiración.

Sólo cuando los griegos aparecieron en la escena del mundo, el primer soplo de libertad acarició la torva frente del embrutecido esclavo, y únicamente entonces el espíritu humano, subyugado por la teocracia oriental, colómbro nuevos horizontes coloreados por celestiales reflejos.

Mientras la admirable raza helénica, con maravillosa adivinación, al rechazar las abrumadoras castas de la India, parecía comprender por instinto que eran de todo punto incompatibles con la sacratísima misión que venía a llenar en el mundo.

Pero con todo y las admirables cualidades que descollaban en la raza helénica, la inextinguible sed de luz que caracterizará eternamente las evoluciones del humano espíritu, fué el angustioso torcedor de Grecia; la fecunda savia de las ideas que circulaba por las arterias de la vida griega pugnando por manifestarse, rotos los antiguos y defectuosos moldes, la impetuosa corriente que impulsaban a la joven y delirante humanidad, a correr desolada en busca de la vida infinita, la inquieta curiosidad del pensamiento, ávido de libar la copa que encierra la eterna sabiduría, meció con encontrados vientos la cuna de aquella inocente escuela filosófica, que en las rientes playas de la misteriosísima Jónica, inició a los pueblos griegos en los misterios de la meditación.

Es indudable que cuando los pueblos entran en la edad de la razón nace la filosofía, porque siempre el trabajo incesante del pensamiento se inclina con preferencia a buscar para el espíritu una vida distinta de la vida de la naturaleza, y a esta necesidad, a este deseo irresistible, obedece la aparición de la filosofía griega con Thales de Mileto primero, Anaximenes y Diógenes de Apolonia después, que en el seno de la escuela jónica prepararon el camino que más tarde debía recorrer Anaxágoras, el maestro de Pericles, el cual, proclamando la existencia de un ser que distribuía el bien y el mal por leyes de estricta justicia, dió un golpe mortal al primer sistema filosófico griego.

Thales de Mileto cree que el agua es el principio de todas las cosas, la savia del mundo. Anaximenes que el aire es el principio de la vida y que existe alguna oposición misteriosa entre el gran elemento creador y la creación entera. Esta duda, esta vacilación de Anaximenes en el seno de la escuela jónica, es el interregno que separa a la filosofía griega de su infancia a su juventud; el espíritu humano siéntese a su vez turbado, cruza por la serena mente la primera chispa precursora del combate, el alma entrevé confusamente el infinito y por un momento parece próxima a sucumbir con Heráclito a impulsos de la más amarga tristeza. Anaximandro patrocina la verdad infinita, de que todo emana y a que todo vuelve; Anaxágoras, por su parte, sostiene que el movimiento de todo lo creado se halla sujeto a una fuerza de matriz, que ordena y concierta las cosas, y el espíritu aparece al fin a los ojos atónitos de la humanidad, surgiendo de entre los resplandores de la filosofía griega. Lo jonios no admitían más principios que la naturaleza, el agua, el aire y el fuego, pero el hombre logra apoderarse del espíritu. La filosofía sufre entonces una transformación, haciéndose espiritualista con Pitágoras, el maravilloso profeta de las edades futuras, que centelleando divina inspiración, en simbólicos conceptos y armoniosísimos versos, después de

haber peregrinado como oscuro cenóbica por Occidente, dice que Dios es la esencia de todo, que la esencia de Dios es el número, que la luz, las tinieblas, los mundos que flotan en la región del vacío, son obra de Dios, y con todo, a pesar del increíble progreso que para el espíritu humano significaban esas evoluciones de la filosofía griega, la escuela pitagórica, si bien superior a la jónica, no es en modo alguno completa, porque si sospechó lo espiritual y la causa del movimiento, no fué capaz de definirlo; por eso la escuela de Pitágoras sólo puede conceptuarse como un término medio entre la filosofía jónica y la filosofía aleática, por más que sin dejar de ser panteísta como su predecesora, su panteísmo no es un panteísmo materialista, por decirlo así, sino un panteísmo abstracto.

Desde Pitágoras la filosofía griega debía tender necesariamente al idealismo, ya que los jonios desarrollaron el pensamiento como materia y los pitagóricos como forma, se necesitaba convertirlo en esencia, y para eso apareció la escuela aleática.

Arrojado Xenófanes de su patria por los medos y persas, penetrado de la filosofía jónica y robustecido en la escuela de Pitágoras, llega jadeante al pie del Olimpo griego, fija su poderosa mirada llena de profundo desdén sobre aquellos armónicos dioses, concibe en un momento toda la idea que encierra el paganismo, y primer adalid en el mundo del raciocinio, levanta su firme protesta contra las olímpicas divinidades, fundando la escuela que los pueblos helenos designaron con el nombre de eleática.

Efectivamente; los griegos, embebidos por completo con la idea de revestir a sus dioses de todos los encantos del arte, no advirtieron que detrás de las bellísimas formas escultóricas del Olimpo de Homero, flotaban reunidas las pasiones y defectos de los hombres; fué necesario que Xenófanes protestara de unas divinidades sujetas, como el hombre, a la muerte; que Zenon de Elea afirmara ser de todo punto imposible que unos dioses adorados por pueblos que se complacían en presentarlos insensibles a las ofensas, pudieran impresionarse por el culto que se les rindiera; que Empedocles afirmara que no puede haber dioses que, como Saturno, devoren a sus hijos, para que el paganismo, santificado por el respeto de tantas generaciones, amparado por las primeras manifestaciones de la filosofía, robustecido por las divinas artes helénicas, se sintiera herido de muerte ante la cruda guerra declarada por la escuela eleática.

El Olimpo entero se bambolea sobre su inseguro pedestal; las flores empiezan a marchitarse en la frente de sus dioses; Venus desciende triste su corona de algas y perlas; Júpiter apaga su potente rayo; Vulcano llora en sus fraguas de Lipari y Lemnos, y mientras Niceala, hermosa hija de la diosa Estigia, cesa de tejer con el sagrado laurel del Himeto las coronas de los héroes, Apolo desciende pensativo las floridas sendas del Parnaso; Adonis espere convulso sus cabellos por el celeste rostro, corriendo desolado a esconderse en las grutas del Ida, cubierta de mirto y lentisco. Psiquis eleva sus divinos ojos al cielo en busca de un algo infinito con que llenar el triste vacío de Grecia, y las demás divinidades del Olimpo oscilan inseguras a impulsos del vendaval que tiende a destruirlas; chocan unas con otras, se extremecen, y al verse mutiladas en la conciencia de los pueblos helenos por la duda que sobre su celeste origen hiciera nacer la filosofía, tienden desesperadas sus brazos hacia aquella generación que ya no satisfecha con ellas, aspira vagamente a sustituirlas por otras.

Pitágoras, al iniciar la filosofía espiritualista imprimió un movimiento poderosísimo a la vacilante humanidad, realizando una gran conquista en el vasto campo de la ciencia con la nueva etapa filosófica; la metempsicosis, que más tarde debía ampliar Sócrates, el espíritu imperturbable, la inteligencia suprema, que tuvo el raro privilegio de condensar la filosofía griega; por eso, porque aquella civiliza-

ción no podía comprender á Sócrates, ni alcanzaba toda la trascendencia de las manifestaciones de su organización exquisita, á su aparición temblaron avergonzadas las sociedades griegas y ofrecieron al filósofo por medio del Areópago la cicuta, que Sócrates aceptó sonriendo como el sagrado don de la inmortalidad.

Junto á la tumba de Sócrates se levanta Platón, el filósofo poeta, el admirador de Licurgo, el estudioso comentador de la legislación espartana, que después de recorrer anhelante la Italia y el Egipto, tratando de vigorizar sus ideas al contacto de los más entusiasmados pitagóricos de su tiempo, regresa á Atenas, donde, sabio, dulce, modesto, filósofo por esencia, al abrigo del sagrado recinto de su academia, desarrolla admirables teorías, revestidas de las más bellas y puras formas. Su palabras como una música deliciosa, como una armonía celeste, al perderse en los dominios de la metafísica, formaba, dilatada, ennoblecía, por decirlo así, á su conmovido auditorio; por eso la pura moral de Platón ejerció incontrastable influencia en Grecia, hasta que el macedónico Aristóteles descartó todo el idealismo que encerraban las doctrinas del académico ateniense, pero á pesar de sus esfuerzos, la filosofía aristotélica, más subjetiva que la platónica, convirtiendo á Dios en inmutable y eterno, combatiendo las ideas de Platón por crearlas indeterminadas, y buscando el individuo en la tierra, para elevarlo al ser absoluto en el cielo, no fué más que la precursora del debilitamiento griego, al abrir paso á la multitud de filosofías que, á partir de aquella época, se iniciaron, para contribuir á la completa ruina de Grecia.

El esfuerzo estaba hecho, la gran obra realizada, por medio de sus principios metafísicos, la filosofía griega preparó al mundo y á las conciencias para la formación, no sólo del Imperio Romano, si que también la venida de pueblos individualistas, y aun la del mismo Cristianismo. La misión de la raza helénica en el terreno filosófico había terminado después de hallar la ciencia en la naturaleza con Tales de Mileto, de elevarla hasta el hombre con Sócrates, y hasta Dios por medio de las escuelas de Alejandría. A partir de aquel momento, Grecia, como un pobre enfermo cuya cabeza calenturienta va de divagación en divagación, consumía en intestinas luchas las pocas fuerzas que le restaban; los cínicos Epicuro y Zenón, al frente de sus respectivas sectas, fueron la señal más manifiesta de la turbación interior que agitaba á los pueblos helenos, y que tanto contrastaba con la plácida y poética alegría de sus pasados días, no obstante del informe caos que nos ofrecen las postreras edades griegas; la escuela de Demócrito ha llegado hasta nosotros, por más que la Edad Media olvidara por completo el sistema de los átomos y fuera necesario que Descartes, Bacon y Gassendi primero, Dalton y Ruhez después, establecieran la teoría de los átomos en el terreno experimental de las afinidades proporcionales, para demostrarnos que la civilización de un pueblo ó el esfuerzo de una raza, jamás se pierden en el vacío inmenso de las edades.

El genio griego decaía visiblemente, sus pueblos se debilitaban al impulso destructor del tiempo, y Homero, Hesíodo, Sófocles, Eurípides, Demócrito y Cineas ya no eran más que vanas sombras, vagando melancólicas alrededor de la urna que guardaba las cenizas de la grandeza griega. En vano Aristófanes, Menandro y Filemon intentaron desde el teatro levantar el decaído espíritu de aquella nacionalidad que se extinguía. Grecia no era ya la nación joven, llena de vigor y lozanía en cuya mente generosa hallaban entusiasta acogida todas las aspiraciones; caduca, decrepita ya, ni el recuerdo de sus pasados tiempos podía devolverle el vigor perdido; por eso, apoyada en las cátedras de Atenas, báculo que sostenía con gloria su veneranda vejez, se dirigió con paso tardío hacia la joven y absorbente Roma, para caer al fin rendida al pié del trono de sus orgullosos Césares.

Pero no todo murió con ella; el espíritu

que impulsaba aquellas generaciones reside en nosotros; las moléculas desprendidas de aquellos cuerpos forman parte de nuestro organismo; las ideas que llenaban aquellas cabezas prestan vida á nuestra mente, vigor á nuestra alma, actividad á nuestro sistema y combustión sin fin á esa facultad creadora que constituye la esencia de nuestra físico-moral naturaleza, porque aunque metamorfoseadas infinitamente, las razas de remotas épocas guardan sentimientos é ideas afines con las actuales, aun cuando sólo demuestren su antiguo parentesco en determinados y críticos momentos de la vida colectiva de todas y cada una de las diferentes agrupaciones de individuos que se disputan, palmo á palmo, la superficie de nuestro planeta, ¡pequeño mundo, imperceptible nebulosa, perdida en el último confín de la azulada inmensidad de los cielos!

Grecia murió, porque hay trabajos que anonadan al espíritu por su misma grandeza; trabajos que, después de elevar el alma á aquellas inaccesibles alturas donde en olas de luz se descomponen los errores de los pueblos, la precipitan con vertiginosa rapidez al polvo asfixiante de los mundos, como si el Eterno quisiera demostrarnos, que así como para los cuerpos existe la ineludible ley de gravedad, también en las misteriosas regiones donde entre sombras flota audaz la conciencia de los siglos, debe regir por igual esa ley poderosísima de atracción hacia la materia, para recordar al hombre lo deleznable y triste de su naturaleza; por eso no puede en modo alguno extrañarnos la muerte de Grecia, ya que es incostratable que la vida de los pueblos se gasta como la de los individuos.

Grecia había consumido su espíritu en fatigosas luchas, en su maravilloso y doble esfuerzo artístico filosófico, y debía morir, para ceder el paso á la joven Roma, llamada á su vez á conquistar el mundo, no como la conquistara la hermosa maga de la antigüedad, por medio de la poesía y del arte, no, sino blandiendo su formidable lanza, abrazando su nobilísimo escudo, pidiendo inspiración al genio de las victorias que presidió á su nacimiento, hasta conseguir su atrevido ideal, cifrado en reunir al pié del altivo Capitolio, á todos los pueblos de la tierra.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

LO HIVERN

Qui no ha dit que l'hivern es la mort? Vosaltres mateixos ho haureu repetit més de cent voltas, recordant la bellesa dels camps de primavera y d'estiu, al contemplarlos pelats, amortallats de neu, sense aquella auellada joganera y cantadora, sense 'ls flayres ubricadors de las flors, sense aquell remoreig suau del vert fullam ni 'l ressó de la gralla ó la tenora qu' arriba del poblet vehí hont hi ha festa major.

Donchs nó; l'hivern no es la mort. Ell vos recull y acopia al escó de la llar á vells y joves, pares y fills, y allí per boca de l'avi vos desperta l'amor de patria y 'l sentiment de dignitat catalana quan sentiu explicar los traballs que nostres majors passaren tot combatent á l'estranger; vos fa sentir las profitosas ensenyansas de l'experiencia tan necessaries en tots los moments de la vida; estreny més y mes los llassos de familia al escalf de las dolsas y llargas conversas sobre 'ls pobres parents que moriren y 'l pervindre dels fillets, y omplena de poesia 'l cor alhora qu, esperona la fantasia de grans y xichs á la veu de las rondallas y corrandas qu' allí s'aprenen, mentres bufa 'l vent de fora y á dins miscla la llenya, espeternegan las brasas y la resplandor de las flamas pobla de fantasmas las parets y us trasmuda constantment los colors del rostre.

Encare 'm sembla qu' us veig per una esclatxa de la memoria y 'm bat lo cor ab aquella joya que donan sempre los vells recorts de l'infantesa. Encare esmento que quan era noy se m'omplenava de tristesa 'l cor al veure fuetejats pe'l vent de fredosa tramontana, acotant lo brancam ab pena, aquells arbres poch ans vestits de fulla, rublerts de fruyta qu' oferian estatg als auellats y ombra fresca y perfumada al pobre treballador. Mes també recordo las sabrosas diadas que passavam dins de casa. Quants de quadros no podria fervos d'aquellas dolsas estonas qu' al

caliu de la familia 's passan en temps consemblants!

Aquell trull de prempsa de lliura, grandíós y ple de misteri, ahont arrivava jo boy tremolant de fret, tot afanyós pera saborejar las rostas que trovavam al peu de la fornall; aquell mohiment de parents y amichs qu' animava la casa lo dia que matavam porch; las vetlladas que pasavam al graner asseguts en rotllo desgranant panotxas ó aplanant las figas que després ben apilonadas en las caixas, s' amaravan de sucre tant dols com las conversas qu' allí teniam.... Y no vos dich res del goig que m' entrava al veute arribar las festas de Nadal que passavam reunits y en santa pau ab tots los germans de fora que sols per aixó venian de llunyanas terras.... Després s' esqueya la diada de San Pau, eixia la primera disfresa y darrera d' ella se entregava al esbojarrament del Carnestoltes tota la jovenalla, lo sol comensava á fiblar altra volta, los ametllers treyan florida, las violas davan olor, los gorchs se desglassavan, exclatavan francesillas y lliris y 'ls boscos y margenadas s' omplenavan de poncellas pera engalanar la terra de flors y embau-mar de fragancia 'ls ayres al fer son anyal retorn la bella primavera.

Ja 'l vent no tallava, ja 'ls camps estavan verts, ja 'ls arbres treyan fullas y las portas y finestras s' obrian de bat á bat para alegrar ab l' entrada del sol tots los recons de casa; mes també lo treball escampava á tot le jovent y 'ls pobres avis anyoravan no tant l'escalf del foch y joganera bellugadissa de las flamas, com lo caliu de la familia y aquell bull constant de pensaments y recorts que 'ns trasmitian.

Nó; l'hivern no es pas la mort, sino hermosa font de vida del pensament, del cor. ¿Qué vol dir que s' amortalli de neu y qu' arrabassi 'l fullam, quan nudreix l' arrel y la llavor y engruixeix la soca y estreny l' amistat y alegra 'ls avis retenintnos més temps al costat seu?

Tan sols per aixó jo exclamaría sempre:

—Hivern, benehin sigas!

NARCIS OLLER.

CONCEPTO HIGIÉNICO DEL MATRIMONIO

Un hermano de mi abuela, el reverendo padre cura del pueblo de Jiménez, en los sesenta años que ejerció su profesión, fué siempre, al decir de sus contemporáneos, persona de costumbres morigeradas; por nada ni por nadie infringía jamás los preceptos de la higiene, porque el objeto de la higiene, decía, es la conservación de la salud, y ésta es, sin duda, el mejor bien del hombre.

Y, efectivamente, nadie sabe lo que vale la salud hasta que se pierde.

Invitado por él, pasaba casi todas mis vacaciones escolares en su compañía. Teníamos perfectamente repartido el tiempo: ningún día faltaba la ración de misa, de lectura, de sustento, de paseo, etc., etc., y aunque el sustento y el paseo era lo que más me agradaba, también creía aprovechar mi ración de lectura, pues tenía en su biblioteca libros de casi todas clases, cosa nada extraña, porque aquel buen señor opinaba que el hombre debe aprender de todo, bueno y malo, lo bueno para practicarlo, y lo malo también debe aprenderse, previas observaciones de personas peritas, para saber evitarlo.

Lo singular es que había algunos libros en los que mi tío tenía escrita la siguiente nota: «Este libro no puede ser leído sin permiso de la autoridad eclesiástica.» Excusado es decir que esta nota me produciría el efecto de buscar con avidez los que la tenían, porque, francamente, su lectura me agradaba mucho, y así debía ser, por cuanto ocurría á veces que mi tío leía algunos, pues tenía licencia de sus superiores para leer todo lo que quisiera; leía algunos, repito, que ponderaba mucho, aunque más tarde, enterado de que la Iglesia los tenía prohibidos, estampaba en ellos con la mejor *fe católica* la indicada nota.

Debes tener—me decía—gran predilección por los libros que se ocupan de las pasiones, de los vicios, de las mujeres, del matrimonio: en una palabra, debes leer con preferencia libros morales, porque la moral es, si se permite la frase, la higiene de la conciencia; las obras morales te enseñarán las excelencias de la

virtud y las miserias del vicio, y te enseñarán también que sólo en el cumplimiento de tus deberes encontrarás la tranquilidad de la propia conciencia, que éste es, aparte de la salud, el supremo bien de la humanidad.

Pasó algún tiempo, y terminada que hube mi vida escolar, pensé en el matrimonio. Siendo éste el estado social de más trascendencia que preocupa á la humanidad, nada más natural que pidiese á aquel respetable anciano algunas luces sobre tan espinoso asunto; y, en efecto, me decía:

Para la Iglesia católica, el matrimonio es un sacramento ó sea la unión de dos seres, confirmada por la divinidad.

Para el legislador es un contrato, debidamente autorizado por las leyes.

Ante la higiene, el matrimonio es un modificador sociológico del organismo humano. ó sea uno de los medios pertenecientes á la ciencia sociológica, en los cuales el hombre se desarrolla y vive. En este sentido, pues, la higiene estudia el matrimonio con relación al perfeccionamiento físico, intelectual y moral del hombre.

Le pregunté, qué era el matrimonio para los que se casaban, y continuó diciendo: Es el paraíso unas veces, y otras, el tenebroso infierno. Para que el matrimonio sea el paraíso, esto es, para que esté en conformidad con la higiene y la moral, deben los contrayentes estar sanos de cuerpo y de intención, porque la enfermedad hace padecer atroces penas morales y corporales.

Los matrimonios entre tuberculosos, epilécticos, escrofulosos, sífilíticos etc., sienten desesperados, que el placer de Himeneo, pasa por un lecho como un relámpago que les deslumbra un instante, quizá para que vean más claro, esperándoles un porvenir lleno de tristeza, de lágrimas y de miserias: y lo que es peor, los frutos de bendición, si llegan á tenerlos, vienen al mundo para desaparecer pronto, y cuando sobreviven, arrastran su vida, raquíticos, entecos, y tal vez llevando en su pálido rostro estampado el sello de los vicios y desórdenes morales de sus padres.

Deben los contrayentes ser personas reflexivas, diligentes, juiciosas, amantes de la verdad y trabajadoras, porque la reflexión, el juicio; la verdad y el trabajo, son las fuentes del bienestar social. Debe cada uno conocer por sus debilidades y flaquezas, que el consorte á veces tiene que ser débil y flaco.

Debe haber mucha confianza; mucha franqueza en las cosas todas del matrimonio, porque la falta de franqueza implica secreto, y éste no debe existir entre dos personas que se han fusionado en un solo pensamiento, en una sola intención: la falta de franqueza y de sinceridad hace que no se entiendan los esposos, y el no entenderse les lleva á la disputa, y ésta, repitiéndose les llevará pronto al suplicio del odio, y el odio entre dos personas que viven y duermen bajo un mismo techo, debe ser mucho peor que una invasión de microbios.

Nadie debe tener vanidad, y menos los que se casan, porque la vanidad es una cosa hueca, pequeña y raquítica, que huye avergonzada ante la portentosa realidad de las cosas.

Ni deben ser envidiosos, porque la envidia es una plaga social que roe, atormenta y destroza á casi toda la humanidad. El bien ajeno sólo debe estimularnos al trabajo y á la honradez, para alcanzar por medios legales la gloria que otros poseen.

Debe cada uno de los cónyuges procurarse el cariño, la confianza y la estimación del otro, por medio de la moderación, la amabilidad y la condescendencia. Jamás la violencia y la cólera han dado otro resultado que despertar frialdad y desconfianza, que, á la postre, esta frialdad y desconfianza se convertirán en odio, el cual, á su vez, ha de sepultar para siempre la felicidad conyugal en las espantosas regiones del averno.

Te aseguro que la mujer bien educada es un rosal que siempre da flores cuando el hombre sabe cultivarlo; pero cuando no sabe, sólo produce espinas.

El hombre debe aportar al sagrado templo

del hogar doméstico la inteligencia, la reflexión y la fuerza; y la mujer, correspondiendo á su vez con la imaginación, el sentimiento y la dulzura, han de realizar los más altos deberes contraídos con ellos mismos, con la sociedad y con la Providencia.

Cuando entres en el santuario del matrimonio, hazlo persuadido de que el carácter, la educación, posición y demás condiciones de tu esposa, son muy deficientes; pues, aún así, cuando toques la realidad de las cosas, encontrarás muchas inconveniencias y desengaños que ni siquiera presumías; y viceversa, lo mismo debe pensar la mujer respecto á su futuro esposo.

Debe reinar el mayor grado de armonía en la edad, carácter, posición, etc., de los contrayentes, á este propósito excuso recordarte, querido sobrino, la censura que merecen algunos desdichados viejos que contrariando las leyes naturales, no reparan en que los pocos años de su esposa forzosamente han de colocarles en el suplicio del ridículo.

Tanto ó más que éstos, son aborrecibles; faltos de moral y de higiene, los matrimonios por cálculo: los autorizan las leyes y las costumbres, pero los rechaza la conciencia y la moral pública; en ellos no existe la más noble de las pasiones, el amor, y sin éste no puede haber nada bueno, porque «el amor, dijo San Pablo, es paciente, está lleno de bondad, no es envidioso, no es insolente, no se engríe, no es indigno, el amor no busca el interés, no se irrita, no sospecha el mal, lo excusa todo, lo espera todo, lo sufre todo;» y claro está que los matrimonios hechos por cálculo, lejos de estar adornados con estos sublimes atributos del amor, están sellados con la idea de compra venta que tan mal se aviene con la moral, con la higiene y la decencia pública.

Desde luego aplaudo la idea de que te cases, pues se sabe con certeza que todas las estadísticas de mortalidad dan un total de fallecimientos, en igualdad de circunstancias, mucho más numeroso para los solteros que para los casados, y así debe ser, porque, los solteros, como no tienen ese freno de la familia que los estimula al trabajo y á dar ejemplo de condura y castidad, son en su mayoría libertinos, gastadores, jugadores, holgazanes y lujuriosos hasta el extremo de andar arrastrándose como culebras á los piés de inocentes jóvenes para seducirlos con un diluvio de mentiras, hipocresías, engaños, falsedades y promesas que muchas veces sumen á las familias en la más espantosa deshonra, y después, para vergüenza de las costumbres sociales, señalamos al seductor como un conquistador famoso, y á la víctima seducida se la repugna y escarnece hasta matarla en la desesperación.

Es evidente á todas luces, que esa atmósfera corrompida y asquerosa donde palidece el rostro, se embrutece el entendimiento y se escarnecen los más puros sentimientos de familia, de amistad y de honra; esa atmósfera de libertinaje por donde se arrastran ciegos la mayoría de los jóvenes prodigando salud, honra y dinero y encontrando asquerosas enfermedades y muchas veces la soledad de la tumba; esa atmósfera, repito, huye casi siempre cuando el joven se casa, y de ella no queda nada más que la vergüenza y el remordimiento de aquellos nefandos tiempos.

A pesar de todo, no creas, amado sobrino, que el matrimonio está exento de inconvenientes; tiene muchos, pero dependen casi siempre de la falta de cordura, de reflexión y sobre todo de la falta de armonía en las condiciones que reúnen los esposos: por esto te aconsejo que te cases, sí, pero «antes de que te cases mira lo que haces.»

JOSÉ NÚÑEZ Y NÚÑEZ

LA FESTA DEL CERTAMEN

Com la festa d'un certamen
cap altra n'hi pot haver.

I

Com la festa d'un Certamen
no s'en coneix pas cap mes;

en ella l'aroma 's flayra
del jardí del Gay-Saber.
Lo cor sent las armonías
que devalladas del Cel
l'hi recordan los ensomnis
de més venturosos temps
en que de vera Poesia
escoltant la dolsa veu
y vurntne l'ayma pura
con la mansió del Etern
ab la nau de l'Esperansa
se gronxava dolsament.

Com la festa d'un certamen
cap altra n'hi pot haver.

II

Los certaments de ma terra
son los certaments mes vells;
en ells canta lo poeta
cants de Patria, Amor y Fe.
Lema sant que al cor inspira
los mes tepdres sentiments
y que'n la font de la detxa
sedenta l'ánima ni beu
una tant dolsa ambrosia
que'n lo nostre cos nutreix;
un conhort per l'existencia
y l'esperansa d'un cel,
que per balsam de las penas
del cor, va prometans Deu.

Com la festa d'un certamen
cap altre n'hi pot haver.

III

Las minetas totas venen
á escoltar lo dols accent
del trovador, ay, que canta
com cantaria un aucel
trovas d'amor y tendresa;
y escoltant la seva veu
d'amor la bella esperansa
en lo cor d'ellas floreix;
flor que son perfum exhala
sols per donarnos plahers.
Com hi gosa la nineta
si dentre son cor hi sent
de la detxa y la ventura
naixer ja la tendra arrel.

Com la festa d'un certamen
cap altra n'hi pot haver.

IV

Ja la concurrencia tota
que'n la sala 's reuneix
ab vera ansietat dessitja
del certamen lo comens.
Lo Jurat entra á la sala,
fá un discurs lo Prssident
y la festa se comensa
ab l'abertura del plech
que porta 'l nom del poeta
que guanga 'l premi primer
lo premi de cortesia
la Flor Natural que veu
de mans de la presidencia
lo poeta ab goig enmens.

Com la festa d'un certamen
cap altra n'hi pot haver.

V

Y com hi corre á cullirne
al jardí del Gay-Saber
lo poeta que 'n la lluyta
ha vensut á los demés,
una flor, la mes hermosa
que 'n taytal jardí hi floreix
pera jeme presentalla
á l'aymia del cor seu.

Ab quin goig ell la fá Reyna
de la festa, ab quin plaher
vu los aplausos que provan
de sa elecció 'l bon acert.
Com gosa al veure á o'agmia,
sota endomas cat dossier.

Com la festa d'un certamen
cap alta n'hi pot haver.

VI

Assentada dalt del trono
á la Reyna ja s'hi ven;
ab sa mantellina blanca
catalana diu que n'es.

Te per ceptre la flor bella
y per vassalls á tats té
que l'esclat de s'hermosura
ab la detxa vá en augment.
De sas mans las joyas reben
lots los poetas de méo
y'l somrurer que al donarlas
anar lo seu llavi á los poeta
tant com las joyas d'argent.

Com la festa d'un certamen
cap altra n'hi pot haver.

VII.

Mes la consemblanta lluyta
si molt honra á n'al que vens
pel vensut ja may es causa
de deshonra y de menypreu.
Es la lluyta que nos crida
vers la camí del Progres
Lo Treball es son emblema
y la Glória son alé.
Al enais de la Bellesa
bat lo cor ab goig enmens
y canta 'l bardo sas trovas
mult mes dolsas que la met
si l'Amor sos lays inspira,
si alena en son cor la Isé.

Com la festa d'un certamen
cap altra n'hi pot haver.

VIII.

Y si de l'histaria Pátria
canta 'l bardo ab port accent
la llealtat remembrantnos
de Claris y Fiballer
que ab sos exemple 'ns ensenyan
á estimar los nostres drets
y la flama d'amor pátri
dentre nostre cor encent,
quin sera 'l catalá innoble
que al sentir la taista veu
de la Patria agonuxanta,
de esclavitut sols aberch,
ab la llevertat perduda
no l'hi torne son poder?

Com la festa d'un certamen
cap altre n'hi pot haver.

IX.

Detxos lo poble que guia
al temple del Gay-Saber,
las runetas á flagrarne
de son ara 'l dols incens
y á la padrinalla alenta
per conquistar lo llorer
que á n'al arbre de la Gloria
per coronarla ni floreix.
Detxós lo poble que estime
l'unich que 'l monte de bell
y á dentre 'l seu cor arrelen
l'Amor, la Patria y la Fe;
del Progrés seguint la via
podrá der ab fosta veu

Com la festa d'un certamen
cap altra n'hi pot haver.

ESTEVE PALAU.

PERFILES ARTÍSTICOS

GAYARRE

Julián Gayarre es un hombre de aspecto simpático, de figura esbelta, buena estatura, mirada viva y penetrante, boca regular que dibuja una sonrisa ligeramente irónica, rizados cabellos y recortada barba. Su palabra es concisa é insinuante. Es nervioso, pero franco y algo jovial. No es lo que se llama un hombre bello, pero en él se distingue desde luego la más preciada de las bellezas: la de la inteligencia.

Debe á la naturaleza el órgano maravilloso, el oído delicado y el sentido estético que, cultivados por el arte, producen hoy los cánticos celestiales que exhala su garganta. Todo lo demás se lo debe á sí propio, á su fuerza de voluntad y á su constancia.

En su porte, en sus maneras, en su lenguaje, se advierte al hombre que, conocedor de la inmensa variedad de conocimientos que es

preciso adquirir y de las dificultades que en la esfera del arte á que se dedica constantemente se encuentran, se paga poco de sus propias obras, hasta el punto de rebajar en ocasiones su mérito indiscutible.

Pertenece Gayarre á esa pléyade de artistas insignes á quienes toca ilustrar con su nombre y con sus méritos una página de la historia patria.

Gran parte de los treinta y nueve años que cuenta, los ha consagrado con brillante éxito al arte, para cuyo servicio vino al mundo; y al volver ahora á su patria, después de una ausencia de cuatro años, viene envuelto en la aureola de una reputación gloriosa, asentada en los fallos de toda la crítica europea, y provoca en el mundo artístico la viva curiosidad que es consiguiente por oír y apreciar las maravillas de ejecución de este admirable cantante.

Su aparición en el teatro de la Opera, fué, por lo tanto, un verdadero acontecimiento para todo buen dilettanti.

Aplauso merecen aquellos hombres que, nacidos en humilde cuna, cercados de dificultades sin cuento, sin más recurso que su trabajo y sin otros medios que sus propias fuerzas, logran vencer las adversidades de la suerte y, sobreponiéndose á todo, ascienden, como llamados por una voz interior á las regiones, en donde obtienen por recompensa la estimación general, premio debido y á costa de innumerables sacrificios alcanzado, por los que consagran su actividad y su talento á la noble tarea de hermosear la vida con las creaciones artísticas, siempre vivas en la memoria de la humanidad, y siempre admiradas por los que ven en ellas los destellos de la belleza infinita.

En un pequeño pueblo del valle del Roncal, provincia de Navarra, vió la luz primera. Su familia, de humilde origen, le consagró al oficio de herrero, lo que constituye un mayor mérito en él, habiendo llegado al apogeo del arte y de la fama.

Desde sus primeros años sintió innata vocación á la música, pero únicamente eran conocidas sus brillantes dotes en aquellos pequeños pueblos. El maestro Eslava, á quien obsequió con un concierto vocal el Orfeón de que formaba parte Gayarre, fué quien adivinó todo el partido que podía sacarse de las brillantes disposiciones de éste: le trajo á Madrid consigo, y le proporcionó educación musical, que completó el profesor de canto D. Lázaro María Puig y terminó después en Italia.

En Varese (Italia) cantó en el *Elixir d'amore*, de Donizetti, obteniendo un grandísimo éxito.

Recorrió varios países, y después de haber permanecido un año en Buenos-Aires, volvió á Milán en 1877, cuando se cantaba en la Scala la obra del maestro Halevy *Carlos IV*, para registrar el mayor suceso que quizás jamás obtuviera un tenor en aquel teatro.

Se presentó en *Favorita*.

En la primera romanza de Fernando, el público comprendió que tenía ante sí á un artista verdadero, apasionado, y le aplaudió con entusiasmo sin límites, oyendo aquella voz melodiosa, expansiva, clara, á la que comunicaba inflexiones delicadas y dulcísimas que arrobaban y sumergían en un mar de encantados sentimientos, aun á los espectadores menos susceptibles de conmoverse con el misterioso encanto de la música.

En *La Favorita*, Gayarre obtuvo un verdadero triunfo del principio al fin, y sobre todo en la romanza *Spirto gentil*.

Este suceso bastó para formar á Gayarre, quien desde entonces puede considerarse con orgullo una de las pocas glorias del arte lírico.

Gayarre á su bellísima voz, une una facilidad extraordinaria y una extensión excepcional.

Sus mejores notas de recurso, como se dice en lenguaje teatral, son el *sol*, la y si *bemol*, esto es, aquella extensión de voz que permite

desahogadamente á todos los artistas cantar profiriendo las palabras.

Su aparición en el teatro Real de Madrid en 1878, forma época en los anales de nuestra escena lírica.

Durante más de tres años, hasta 1881, obtuvo en nuestro primer coliseo ovaciones sin ejemplo, aun entre las más ruidosas y merecidas.

Desde aquí fué á cantar á los primeros teatros de Europa, obteniendo en todos el indescriptible éxito de siempre.

Ahora ha vuelto á España vencedor.

Ha cantado la *Favorita* y *Lucrezia*.

La representación de la primera fué una ovación inmensa y la segunda un triunfo colosal.

En estas dos partituras ha puesto de manifiesto que la armonía que existe entre sus facultades y la obra sometida á su interpretación, era perfecta.

Causa maravilla aquella flexibilidad que se amolda á todas las situaciones, y aquellos rasgos de inspiración en que se revela el genio del gran cantante y del grande artista.

Al oír á Gayarre hay momentos en que se nos figura estar en un mundo superior, en medio del cual sólo se destaca su figura, lanzando de su privilegiada garganta torrentes de armonías, que electrizan y conmueven todo nuestro ser.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

BELLAS ARTES

UN PAISAJISTA

(Continuación)

No le basta, en efecto, pintar primorosamente los objetos que tiene delante. Colócalos siempre bajo una impresión importante. Los colores no pueden manifestar de un modo directo el canto del pájaro, el cuchicheo de hojas y brisas, el largo soliloquio de las fuentes. Todos estos rumores son, sin embargo, partes muy principales, casi los primeros personajes ó protagonistas de los espectáculos campestres.

La paleta del pintor no cuenta con ellos al combinar sus matices.

Queda, pues, el artista en la obligación de dar vida, movimiento, sensación, por un medio indirecto, al paisaje que, exento de este aliento maravilloso de la fantasía, resultaría muerto.

«Un bosque», del palacio del duque de Rianzares, se titula uno de sus lienzos recientes.

Césped de un tono verde fresquísimos, como acabado de regar, alfombra este cuadro de árboles.

Un camino rojizo lo atraviesa por medio. Gruesos robles, de verdinegra corteza, cubren, como tupido encaje, con sus ramas frondosas, el horizonte, pegado á la tierra.

Por esta verdura se trasparenta una puesta del sol.

Sólo forman su mágica brillantez cuatro colores: blanco, amarillo, azul, sandía. Pero al incrustarse aquellos rayos en los diferentes matices verdes de la arboleda, parece ésta un manto de terciopelo estrellado de piedras preciosas.

Orillas del camino, es otro de los nuevos cuadros de Ramos Artal. Termina un grupo de árboles al extremo de una senda. En frente se extiende un prado, al que da entrada agreste portilla. En el primer término, en un recodo del camino que acaba, entre peñascos musgosos, sonríe el agua de una charca con cambiante luz. A la conclusión de unos árboles, varias varetas, de fino y elegantísimo recorte, se adelantan, dibujándose en un cielo de nubes violáceas festoneadas por abajo de una franja pajiza y otra azul oscura. Enumerados aisladamente, parecen incongruentes estos matices. Con todo, nada más hermoso como vistos en el cuadro compenetrándose, vivifi-

cándose, sorteando sus reflejos y siendo unos de otros como ecos de general armonía.

Un pico. Este es otro de los lienzos que alegran, como una sonrisa, el estudio de Ramos Artal. Dos árboles yerguen rectamente sus cepas á la izquierda del cuadro. A la derecha se inclina otro árbol, corto y enmarañado como arbusto. Al frente, y algo distante, se eleva la punta de una montaña; en el fondo una lista de ágata indica el mar. Hay en el cielo nubes rosáceas. El tono general de esta composición, es claro, su expresión sentida, el arte perfecto. En el suelo, vestido de yerba, un espejo de agua trasparente hace una nota dulce á este panorama, ya de suyo, bello y delicado.

Ramos Artal ha viajado mucho por el extranjero. Ha visitado París y los pintorescos pueblos de sus alrededores. Roma, Amberes, Bruselas, Florencia, Milán y Lisboa. De todos estos puntos ha sacado con el lápiz recuerdos, que son poemas hoy, serán cuadros mañana, y laureles de gloria en tiempo no lejano. Sus cartones ofrecen datos curiosísimos, temas para futuras obras maestras. Columnas truncadas, apacibles rebañes, caladas torres, misteriosas ruinas, fúnebres cipreses asomándose por las tapias de un cementerio, cruces de piedra, parques elegantísimos, lagos con cisnes y barcas, siluetas de tipos populares, trozos arquitectónicos de todas especies, desde el portalón gótico hasta el arco de puente romano, forman el caudal artístico de su cartera.

Joyas de inestimable valor son su lienzo *Cercanías de Roma* y su *Album* de la misma inmortal ciudad. El primero de estos trabajos es una obra, en que el sentimiento y la observación se enlazan para producir superior efecto.

Es una tarde lluviosa. Los techos majestuosos de Roma se divisan grises en lontananza. De entre ellos sobresale más nivea la imponente cúpula de San Pedro, esbelta y blanca como un dedal de plata mate. Vagan por el espacio vapores oscuros, en que lo negro y lo azul luchan con la luz del crepúsculo, apagada por el temporal. Divide el cuadro un camino arcilloso, color de ocre mojado, que es como el punto central que da tono á los reflejos pálidos de la composición.

Una ermita, cuyas paredes besan los capullos suavemente rosáceos de un almendro; una valla de zarzas y flores, de que es atalaya un grupo de cipreses de un verde oscuro; un huerto de frescas hortalizas, en que trabaja una mujer, cuya persona se destaca por el rojo subido de su refajo, y una hilera de casas de ladrillo colorado, concluyen de prestar variedad y animación á este singular lienzo.

En el *Album* de Roma se pasa revista á preciosidades incomparables. Allí está la *Villa Corsini*, lugar de recreos patricios, de aventuras galantes, defiestas imperiales en que la poesía sencilla de la naturaleza cuelga de sus hombros la capa de púrpura del placer oriental; allí se ve también el interior de una *Cocina* del Ponte-Mole, con sus banquillos deslustrados, sus cacerolas relucientes, su hueca chimenea de campana, sus techos humosos, su oscuridad en el fondo y su claridad en la ventana: allí se halla reproducido además un animado *Mercado* de flores, protegido de grandes sombrillas, y regentado por muchachas hermosas. Cabezas encapuchadas de monjes, con ojos cerrados por la humildad, rostro desencajado del continuo combate espiritual, y boca de dolor; bustos de gallardas matronas, de tez bronceada, de rasgos acentuados y perfectos; detalles, en fin, bellísimos, que son como el inventario de una ciudad hermosa, que ha muerto para la vida y que resucita el arte, encierrase, como joyas de oro en estuche de seda, en este *Album*.

Treinta años tiene el Sr. Ramos Artal. Desde muy joven ganó premios en las Exposiciones. En la del 84, su cuadro *Cercanías del Cristo de la Vega*, causó profunda admiración. En la de Escritores y Artistas del año pasado, su paisaje de *La Casa de Campo*, obtuvo

igualmente el aplauso del público y del jurado. Mucho antes, en la Exposición regional de Pontevedra, su cuadro *Lavadero de la Tablada*, fué una revelación. Vistosísima fila de mujeres, desnudas y metidas en el agua las piernas, se encorba sobre la ropa, cubierta de espuma de jabón, é irisada con las mil burbujas que van, bajo un sol esplendoroso, á estallar en medio de la ancha sábana dorada del río. Contrasta con este brillante espectáculo la árida esplanada cercana, bordeada en ángulo por espesa alameda. El agua tranquila y tersa, copia en su cristal árboles y mujeres, cielo y orillas. El *Lavadero de la Tablada* es, de este modo un cuadro real, en que toma cuerpo otro cuadro fantástico.

El pintor de paisajes de que nos hemos ocupado, es discípulo del insigne Haes. Tiene del maestro el gusto, la elección de asuntos; por su cuenta, posee el suave dibujo, el ligero contorno, la sobriedad del calor intimamente sentido. Cuando toca con el pincel el lienzo, dígerase que trabaja con el buril sobre una joya. Si pinta un cielo, parece que desliza suavemente una cinta azul, á cuyos extremos hay flecos de plata y oro.

Tienen además, sus paisajes, una moralidad extraña. Tentados estamos á decir que se hallan impregnados de castidad. Sus céspedes immaculados servirían á lo sumo de manteles para la comida del campesino. En los salones aristocráticos son un consejo que salva. Basta mirarlos para encontrar en ellos un asilo á la virtud. Sabido es que la mujer que quiere huir del pecado, se refugia en la paz y soledad de los campos.

JOSÉ DE SILES.

EL PROBLEMA ECONOMICO

A medida que van amontonándose nubes en el cielo de la política, van surgiendo nuevas dificultades para la resolución del problema económico. El último período de la dominación conservadora ha estenuado de tal manera las fuerzas vitales del país, que sólo por sobre de confianza y por excesivo amor al gobierno, podía aceptarse la cartera de Hacienda, después de la destructora campaña del Sr. Cos-Gayón.

Un hombre tan sobrado de buen deseo como falto de fe en las ideas que profesa, ha tomado sobre sus hombros la pesada carga de deshacer los errores cometidos por su antecesor y conjurar los males por ellos producidos; pero como de nada sirve la voluntad para realizar una gran obra cuando no se dispone de los medios para llevarla á feliz término, los proyectos del señor Camacho no pasarán de generosas aspiraciones.

Que esto ocurrirá no cabe dudarlo, teniendo en cuenta el pasado del actual ministro de Hacienda que nos responde de su porvenir. Un recuerdo justificará completamente nuestro aserto. Levantóse un día en el Parlamento cuando la reacción se desencadenaba contra la obra financiera de la Revolución de Setiembre, y proclamó ante la faz del país que el restablecimiento de la base 5.^a de la ley Figuerola se imponía y sería altamente beneficioso para el pátrio engrandecimiento. Pocos meses después desempeñó igual cargo que hoy, y mixtificó la reforma que antes creyera justa, escudándose en transacciones necesarias impuestas por las impurezas de la realidad.

Bien sabe, sin embargo, el Sr. Camacho, que transigir con las necesidades de momento no es pactar con el error, como él hizo. Transigir en la aplicación de los principios, como el Sr. Figuerola en 1869, es siempre digno de respeto; transigir en los principios mismos, como el Sr. Camacho en 1883, es siempre digno de censura.

Conocida la falta de fe que el Sr. Camacho tiene en las ideas que sustenta, vamos á bosquejar las reformas que debía acometer de acuerdo con sus compañeros de gobierno, indicando de

paso las que realizará y las que en nuestro concepto no se atreverá á presentar á la aprobación de las Cortes.

En tres grandes series pueden dividirse las reformas necesarias para la resolución del problema económico. Unas que necesitan el concurso del ministro de Fomento, tales como la facilidad de comunicaciones por medio de la construcción de líneas férreas y bien acondicionadas carreteras; otras que requieren la intervención del ministro de Estado, como los proyectados tratados de comercio con Inglaterra y los Estados Unidos; y por último, las que por sí sólo puede emprender el ministro de Hacienda con el concurso de las Cortes, en las que lo requieran, como son la desaparición de la Deuda flotante, nivelación de presupuestos, supresión de centros directivos inútiles, como la intervención general de la Administración del Estado, reforma del Arancel y ordenanzas de Aduanas, y tantas otras que fuera imposible enumerar en un artículo de estas dimensiones.

Las primeras, impulsando en gran manera las obras públicas, facilitarían considerablemente las transacciones mercantiles y proporcionarían trabajo á gran número de obreros; las segundas, estrechando la amistad que nos une á los Estados Unidos, Inglaterra y las Repúblicas Subamericanas por medio de los lazos materiales del interés, contribuirían al desarrollo de las industrias nacionales; y las últimas, reconstituyendo la Hacienda en el interior, producirían importantes economías, aumentarían los rendimientos de las rentas públicas, y levantarían nuestro abatido crédito ante los ojos de los pueblos civilizados.

No dudamos que algunas de éstas se realizarán; pero afirmamos desde luego que muchas no pasarán de proyecto, porque, como repetidas veces hemos indicado, el Sr. Camacho no es un reformador destinado á vivir la vida de la inmortalidad por las huellas que á su paso deje en la regeneración de España, sino un buen administrador, digno, cuando más, de la gratitud de sus contemporáneos.

Así es que, á nuestro modo de ver, será un hecho la desaparición de la Deuda flotante, la conversión de parte de la exterior en interior, y la de títulos grandes en pequeños; la celebración de los tratados de comercio proyectados, porque en ella se halla interesado el nombre del Sr. Moret, y aun la nivelación de presupuestos; pero la supresión del Tribunal de Cuentas ó de la Intervención general de la administración del Estado; la desaparición de las trabas existentes en los Aranceles; el término de los absurdos que contiene el código inquisitorial de las ordenanzas de Aduanas; la reorganización de las oficinas de Hacienda; cuanto, en suma, supone iniciativa, inteligencia y energía aunadas en común esfuerzo, continuará como hasta aquí, sin que el señor Camacho se atreva á desarraigar los vicios que corroen al país y á curar los graves males que minan su existencia.

El problema económico, lejos, pues, de ser resuelto por el sucesor del Sr. Cos-Gayón, continuará planteado, lográndose sólo, con las modificaciones del Sr. Camacho, aplazar su resolución, que no será satisfactoria hasta que al frente del gobierno no haya hombre con tanto amor á la libertad como fe en los ideales que persigue, y tanto entusiasmo por las reformas como energía para realizarlas.

JOAQUÍN G. GÁMIZ-SOLDADO

EN LO MONASTIR DE SANT CUGAT DEL VALLÈS

Á MON CAR AMICH EN E. MOLINÉ Y BRASÈS

Aquí fou tomba de barons insignes,
orgull y gloria de la nostra terra;
aquí lo temple fou, qu' en temps de guerra
lliurava d' enemichs los pobles dignes,

del apreci de Deu; y aquestos signes senyal d' admiració, y allà per terra la runa, al contemplar, lo cor s' esguerra y als autors de tant crim, homos indignes, mil voltas maleheix per sa ignorancia; qu' aixis s' explica sols, qu' en sa ilusoria passió, de destruir aquesta estancia, tacaren, imprudents, la nostra historia; taca, precis pera borrarla ¡oh Deu! que un altre Jesucrist moris en creu!

JOAN MILLET

JORGE EL GAITERO

(TRADICIÓN POPULAR).

I

Hace ya mucho tiempo que no produce Irlanda músicos tan hábiles como Jorge, el pobre ciego que, llevado de la mano por su madre que le servía de lazarillo, iba de pueblo en pueblo conmoviendo á los montañeses con los sonidos armoniosos que arrancaba al tosco instrumento que era su único modo de vivir.

Joven, alto, hermoso, daba lástima verle siempre con los ojos fijos, con esa fijeza que la ceguera da á la mirada, la gaita á la espalda, andando lentamente y siempre acompañado de su madre, que de cuando en cuando le miraba tiernamente, como miran las madres á sus hijos, enjugando furtivamente la lágrima rebelde que rodaba por sus mejillas. Todo el mundo los conocía en la montaña, y de todos eran bien recibidos; ninguna puerta se cerraba ante ellos, y siempre había un sitio en la mesa y un puesto en el hogar para los dos.

Cuando, sorprendidos por la noche ó por la tormenta, invocaban la hospitalidad en la primera choza que hallaban al paso, empezaban llamando sobre los caritativos la protección de Dios—que oye siempre las súplicas de los pobres;—y luego, sentados ante el fuego, en medio de todos los habitantes de la casa, viejos, jóvenes y niños, mientras la leña chisporroteaba al consumirse, y el viento rugía azotando las puertas con furor, Jorge sabía encontrar en la sencilla gaita irlandesa las notas más dulces, las melodías más conmovedoras, que al resonar en medio de la noche parecían cánticos de serafines. Y escuchándole, no había ojos que no se humedeciesen, ni corazón que no apresurase sus latidos.

II

Porque Jorge no era un gaitero como lo son la generalidad. Jorge se trasmutaba, por decirlo así, al arrancar al rústico instrumento aquellas notas que bullían y palpitaban á su alrededor, como chispas divinas, envolviéndole en una atmósfera particular, y abstrayéndole del mundo material. Era ciego; la luz, que tanto oía encarecer, se negaba á llegar á sus muertas pupilas, y todo era noche oscura, noche densa para él; pero al herir sus oídos los ecos de sus melodías, revelábasele un mundo nuevo, y la magia de los sonidos le hacía comprender la magia de los colores, y las armonías de sus cantos, las armonías de la luz.

III

Así, pues, no tiene nada de particular, siendo el primer músico de la montaña, que no hubiese fiesta en toda ella, ni aún en los pueblecillos de la costa, á que no fuesen Jorge y su madre los primeros invitados. Todos se levantaban para recibirlos al verlos llegar, y en las bodas el joven era llevado á su asiento por la misma novia, radiante de felicidad, que por el camino le rogaba recordase sus mejores canciones para alegrar su casamiento. Y en los bautizos Jorge era quien depositaba el primer beso en la frente del recién nacido, á quien deseaba en una trova sentida, suerte mejor que la suya, y sobre todo, unos bellos ojos para poder ver el cielo y el mar, los valles, los abismos, las llanuras y las montañas.

Un día, el mismo en que principia la leyenda, Jorge salió de su choza acompañado de su madre en dirección á la costa, buscando un sitio encantador, un pedazo de playa que se extendía al pie de una roca y en el cual venían las olas á morir. En frente la inmensidad del mar reflejando en su vasto seno la inmensidad del espacio; á un lado y otro grandes rocas que parecían resguardar á los que acudían á aquel sitio de los golpes del mar y los bramidos del viento; á la espalda la falda de la montaña ostentando su hermoso manto de verdura, y á lo lejos, elevándose al cielo como un tenue vapor las primeras brumas de la tarde.

Allí estaban reunidos los habitantes de las cercanías. Celebrábase la boda de uno de ellos con la hija de un pescador, joven y hermosa doncella que no disimulaba su alegría, y la presencia de Jorge en la fiesta se explicaba perfectamente. Invitado de antemano, había compuesto para ella una linda sonata, que dedicaba á la novia, y en la cual agotó el pobre músico de la montaña el tesoro de su inspiración; en aquella sonata había reunido el infeliz todos sus deseos, todas sus quimeras, todas sus fantasías; los ecos de la música que sonaba incesantemente en sus oídos, las reminiscencias de una vida ajena á la materia, vida que él vivía y en cuyos goces se embriagaba; las voces, en fin, que una vez y otra vez venían á turbar sus pensamientos y arrebatarle á sus meditaciones.

IV

Caía la tarde. Las nubes sembradas en el inmenso campo del espacio simulaban un incendio, heridas por los últimos rayos del sol Poniente, cuyo inflamado globo tocaba ya los límites del horizonte. Una calma tranquila, serena, no turbada por rumor alguno, se extendía por todas partes. Las olas, lamiendo dulcemente la orilla, se dilataban entre sus arenas. Ni un soplo de aire rizaba la líquida superficie.

Los aldeanos, reunidos en la playa para festejar la boda de los dos jóvenes y deseárselos mil felicidades para el presente y hermosos sueños para el porvenir, sentíanse rendidos de tanto bailar, y su voz estaba enronquecida por el canto. Sólo Jorge, siempre triste, siempre sonriéndose con aquella sonrisa melancólica que de cuando en cuando erraba por sus labios descoloridos, sólo el pobre ciego, á cuyo lado se sentaba su madre, seguía tocando sus bellas canciones, aplaudidas de todos y por todos oídas con religioso respeto.

De pronto, Jorge se levantó.

—Voy á tocar—dijo—mi última sonata, que dedico á la novia. La hice ayer en medio del silencio de la noche, y puse en ella todos los sueños de mi alma.

Gritos prolongados de alegría acogieron estas palabras. Todos se sentaron, preparándose á escuchar. La novia, objeto de todas las miradas, bajó confusa los ojos y se colocó con su novio cerca de Jorge. El pobre músico les dió las gracias y empezó á tocar.

A los primeros ecos de la sonata, los aldeanos se miraron sorprendidos. Nunca habían oído nada que se pareciese á aquella delicada armonía que ahora llegaba hasta ellos, y en la cual tenían una nota cada sentimiento, un gemido cada dolor; al concluirse la primera estrofa todos lloraban. Después, y conforme fué adelantando la música, un encanto, del que nadie podía darse cuenta, empapaba los sentidos de los oyentes, que en vano querían romperle y estallar en hurras entusiastas. Sin poder moverse del sitio en que se habían colocado, la admiración los poseía de tal modo, que ni sus lenguas podían hablar ni sus manos aplaudir. ¡Extraño espectáculo el de aquella multitud que parecía clavada en sus asientos, y que, pendiente del músico de la montaña, mirábale con fijeza, sin poder separar sus ojos de los ojos sin luz del pobre ciego!

Su misma madre estaba sorprendida. Ella tampoco guardaba en su memoria recuerdo alguno de nada semejante; nunca su hijo estuvo tan inspirado; nunca, como entonces, había encontrado el medio de conmover todas las fibras del corazón.

En cuanto á Jorge, también sentía la influencia de su música; él también parecía trasportado á regiones más altas y más puras. Sin darse cuenta de lo que por él pasaba, enderezó de repente su paso, y echó á andar maquinalmente hacia la orilla. Por una extraña alucinación, creía tener vista; sentía como si el velo de sus pupilas se hubiese rasgado, y veía el paisaje tal como mil veces se lo había descrito su madre. El sol hermoso, bajo dosel de nubes festoneadas de púrpura, hundiéndose lentamente en el mar, que parecía entreabrir su seno de olas para recibirle.

De pronto dió un paso atrás y se detuvo, pero sin interrumpir la ejecución de su sonata. Por todas partes creyó ver salir de entre la espuma de las aguas peces de todos tamaños y de todos colores que salían para escuchar atentos la música que sonaba; sonaba sin cesar, poblando el aire de cadenciosas armonías. El sol mismo parecía haber detenido su curso para no perder la última nota.

Y en medio del mar, como envuelta en una nube transparente, de pie sobre la tersa superficie un ser ideal, una mujer joven y hermosa, tal como esas ondinas que tienen en el fondo de las aguas sus alcázares misteriosos y cuya existencia afirmaban todos los cantos populares de la montaña, extendía hacia él sus brazos de nácar. Una corona de coral ceñía sus sienes; collares de perlas rodeaban su garganta. La luz del sol naciente brillaba en sus ojos, y una sonrisa hechicera vagaba por sus labios. Este ser ideal saltó á tierra, y acercándose á Jorge murmuró dulcemente en sus oídos gratas frases de amor y de ternura.

—Ven—le decía—yo soy la reina poderosa de las aguas, que tengo un palacio maravilloso que la luna ilumina con su luz al rielar sobre las ondas. He oído tu voz, y he venido por tí; he venido á llevarte conmigo á ese reino cuyos tesoros son infinitos como el deseo, inmensos como la esperanza. En la tierra eres ciego y no ves nada de cuanto te rodea; ven conmigo y yo daré á tus ojos la luz que necesitan para admirar la creación.

Jorge escuchaba estático esta voz que abría nuevos horizontes á su alma, sin separar la vista de su fantástica aparición que le atraía hacia sí con un poder inexplicable. No veía ya nada: el cielo y el mar, la playa y la montaña estaban envueltos en la sombra para que así se destacase mejor la figura de la ondina, que aguardaba su respuesta como envuelta en un nimbo luminoso. Y los sonos cada vez más dulces, cada vez más armoniosos de la sonata, seguían palpitando en el espacio.

—Sígueme—murmuraba la ondina.—Yo te daré un amor sin límites en mis grutas de cristal silenciosas como el olvido. El mar será tu esclavo, y sus tempestades, que atemorizan á los hombres y conmueven las montañas, se estrellarán temblando á tus pies. ¡Ven! ¡Ven! Deja la tierra en que padeces, la tierra en que sufres, y yo te daré un paraíso con mi amor.

Jorge empezó á andar. La voz de la ondina acariciaba sus oídos, como el soplo del viento que pasa entre las flores sin moverlas. El infeliz seguía aquella voz melodiosa que era su única guía y le arrastraba á su pesar...

V

En la playa, los aldeanos, para los cuales era invisible la figura de la ondina, veían con terror que Jorge se alejaba sin volver atrás la vista y sin presentir el peligro que corría de caer en el mar; pero los ecos de la sonata, que no dejaba de

vibrar, los privaba de toda acción. Sólo la madre de Jorge, por un esfuerzo vigoroso, pudo gritar con voz angustiada:

—¡Jorge, hijo mío, ven!!..

Pero Jorge no la oía. Delante de él marchaba la ondina sonriéndose y señalándole con la mano su camino. Así llegaron a la orilla. Ella se precipitó en las aguas, y el pobre músico se precipitó también tras ella.

Allí espiraba la canción. Al caer Jorge al agua, sonó la última nota que era un gemido de agonía. Rompió entonces el encanto, y todos corrieron hacia la orilla. Jorge había desaparecido ya, y las sombras nocturnas cubrían la inmensidad del mar y los últimos confines del cielo.

VI.

En vano los más atrevidos pescadores fueron por sus lanchas y registraron la costa hasta bien entrada la noche, mientras sus mujeres y sus hijos prodigaban los más solícitos cuidados a la madre del músico, medio muerta de angustia y de dolor; en vano todos los días siguientes recorrieron ansiosos la playa esperando que el mar devolvería su presa para darla cristiana sepultura. El cuerpo de Jorge no salió nunca a la superficie y nadie volvió a verle.

Desde entonces, y siempre que la noche es callada y serena, cuando ningún rumor turba el viento y las olas baten la arena sin ruido; cuando las estrellas lucen tranquilas como flores en la inmensidad, los pescadores que vuelven con retraso a sus hogares, oyen una blanda música que parece salir de enmedio de las olas: es Jorge que gozando de delicias sin fin en el alcázar de la ondina, la adornece con los dulces ecos de sus sonatas amorosas.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

UN SUICIDIO Y UN ESCANDALO

Era un pequeño gabinete octógono, elegantísimo, lleno de objetos preciosos y decorado con todo el refinamiento del buen gusto.

Próximos a la chimenea y separados solamente por una pequeña mesa, sobre la cual había un servicio de té y dos tazas hasta los bordes del humeante líquido, conversaban la hermosa viuda Emilia del Río y su apasionado adorador Fernando Montes, andaluz, rico, y con la sangre ardiente como el clima de su país.

—Y bien, había dicho Emilia pocos momentos antes: ya estamos solos y es preciso que abrevie nos. ¿Qué desea usted?

—Amor, un poco de amor y nada más.

—¡Un poco! ¿No piensa usted que en esa pequeña parte está el todo?

—Es usted encantadora.

—No tanto como usted descarado, ¡quieto, quieto! darle una taza de té, no significa que me la tenga que pagar con un abrazo.

—¡Ay, perdón!

—¡Y qué oportunamente! me ha volcado usted la taza sobre el vestido.

—Perdón, otra vez.

—Es usted malo.

—¿Todavía?

—Y siempre: el amor que así se revela, no es amor.

—¡Si no se revela, Emilia! ¡Si es que es talla!

—¡Si es que no puedo más! ¡Si es que estoy enfermo y loco! ¡Si hace ya un año que persigo lo imposible: lo que usted no quiere darme un poco de cariño.....! y le advierto que ya estoy desesperado; que voy a cometer una locura..... ya es tiempo; acabemos, Emilia..... yo la adoro..... pero ¡qué! ¿Se rie usted?

—Con toda mi alma. ¿Que usted me adora? Eso no es cierto.

—¿Dígame usted con seriedad y sea razonable, Emilia; yo no entendía el amor como ahora lo entiendo; se presentaba a mis ojos en otra forma pero muchísimo más bello: vertiginoso,

arrebatado ardiente y después muerto; emociones terribles, que pasaban con la rapidez del meteoro para dar paso a otras emociones nuevas: luz, mucha luz, aunque cegaran sus rayos mis pupilas, pero una luz, rápida, pronta, deslumbrante, que fascina, que arrebató, y que al extinguirse luego, nos extingue; en nuestro siglo; Emilia entendía yo que era necesario olvidar completamente las románticas vulgaridades, para vivir al minuto; echar de una vez abajo el pedestal de Anacreonte, hacerlo añicos, desmenuzarlo, convertirlo en polvo, aventar el polvo como las cenizas de los antiguos relapsos, herejes, y levantar luego sobre el lugar mismo un templo a Franklin envuelto en una nube de vapor.

—Es usted el demonio, exclamó Emilia, sonriente y brillando en sus ojos una chispa de aquel fuego que ardía en la sangre de Fernando.

—No, si ya no es eso, replicó el andaluz con vehemencia y hondamente conmovido; ¡si es mi alma la que yo te doy! ¡Si es la gloria la que yo deseo!

—Emilia quedó silenciosa; parecía estar confusa y su respiración era agitada.

—Fernando esperó algunos instantes.

—¿Y bien? interrogó al fin con ansiedad.

—Nada, respondió ella friamente.

—Se levantó él entonces: no dijo una palabra; cogió el sombrero, y fué a salir del gabinete; allí volvió el rostro. ¡Emilia no le miraba!

—Llegó Fernando a su casa; se echó vestido en su lecho: gravitaba sobre él un peso enorme, extraño: le dolían las sienes, el cerebro y los ojos: donde quiera que miraba, sobre la mesa, en los dibujos de la alfombra, en el sofá, adherida a la cadena de que pendía la lámpara, irrisoria, extraña, sarcástica, ¡allí estaba siempre la figura de Emilia!

—Se levantó de pronto: pasó a su despacho y escribió una carta.

—No, pensó cuando la hubo terminado: no es hora; por la mañana. Se habrá acostado ya.

—¡Francisco! gritó nerviosamente. Francisco era un criado joven, andaluz también y queriendo al amo como a las niñas de sus ojos.

—Toma esta carta, le dijo cuando se presentó: si mañana a las diez no he despertado, la llevas a su destino; y dándosela, le volvió la espalda.

Francisco quedó perplejo. «¿Qué cara tenía el amo! ¿Le debía pasar alguna cosa *mu* gorda!» —Vamos, pensó; yo la llevo ahora mismo; este plazo de por la mañana..... de las diez..... ¡Quién sabe si será mejor! —Y allá se fué con la carta.

Llegó a casa de Emilia y eran las once de la noche; aún estaba en el gabinete: cuando Fernando salió, había exhalado un profundo suspiro. Emilia quería a Fernando, pero ¿y ella? ¿y su honra y su porvenir? «Sin embargo, ¡si él insistiera! estoy dispuesta a todo: yo tampoco puedo vivir sin él; la frialdad mía de esta noche fué mi último baluarte de defensa.»

Hallábase en estos pensamientos, cuando llegó la carta de Fernando; leyó palpitante, y sintió miedo: era lo menos que le decía allí, que se mataba, como al instante no le diera una contestación categórica.

—Sí, pronto, exclamó aturrida; cogió papel y escribió algunas palabras; por un exceso de prudencia, metió el plieguecillo en un sobre corriente y desfiguró mucho la letra del sobrecrito. Francisco se había marchado.

—Bien; es mejor, pensó Emilia: empezaremos por evitar sospechas; y acompañada de un criado, salió a la calle, llegó a la de Carretas y echó la carta en el buzón del interior: latía su pecho fuertemente; parecía que las cabezas de leones que tenía a los dos lados, abrían sus enormes bocas para tragársela; sintió malestar extraño y presentimiento de pena.

Al día siguiente se levantó Fernando más agitado, más nervioso: no pudo pegar los ojos en toda la noche; había quedado algunos instantes como sumergido en ardoroso aletargamiento, y soñó horrores.

Llamó a Francisco y le preguntó por la carta.

Este contestó tragando saliva, que se disponía a llevarla en aquel momento; y al mismo tiempo que hablaba, ponía sobre la mesa algunas cartas y periódicos que acababan de dejar; allí estaba la contestación de Emilia.

Fernando consultó su reloj, y eran las diez menos algunos minutos: —Pues llévala inmediatamente, dijo. Cogió luego una carta, rompió el sobre, la leyó; otra, y la dejó a medio leer; rompió la faja de un periódico, y lo tiró después sin leerlo, ¡imposible! ¡su corazón, su alma, su pensamiento, estaban en otra parte! Cogió todos aquellos periódicos y cartas y los arrojó en un cajón: —¡Ya los leería más tranquilo.—

Pasó el día en una exaltación horrorosa: Francisco le había dicho temblando que no le dieron contestación; que estaba muy bien.

—No me contesta, me desprecia, decía: se fué a la calle, y anduvo como desesperado; dos ó tres veces llegó a su casa, y preso de emoción inexplicable, preguntó:

—¿Han traído alguna carta ó recado para mí?

—Nada, señorito.

La última vez que oyó esta respuesta tuvo que contenerse para no llorar; pasó toda la noche en tremenda tortura... y al día siguiente, lo mismo. —Esta mujer, esta mujer—decía, y se arrugaba su entrecejo y sentía golpes en las sienes y como si le barrenaran la cabeza.

Otro día más, y otro y otro: a los cinco, salió de su casa como atolondrado; acometiale escalofríos de rabia y exaltaciones de sentimientos dulces. —¡Emilia, Emilia! ¡Por qué no le contestaba, aunque fuera para negarse otra vez? Encontróse sin saber cómo en la Puerta del Sol, por el lado de la Carrera de San Jerónimo: detúvose allí contemplando como un idiota la multitud que se cruzaba en todas direcciones: vió de pronto un carruaje, y sintió los latidos del corazón como si fueran martillazos. ¡Era el de Emilia! Esta divisó a su vez a Fernando, y una sonrisa de rabia y de desprecio se dibujó en sus labios. Fué el golpe de gracia para el pobre amante: la exaltación llegó a su colmo; anduvo sin darse cuenta; sentía ardores en la cara y maceración terrible en todo el cuerpo; se halló en la Plaza de Oriente; las estatuas aquellas de piedra, los transeúntes los guardias de Palacio, hasta los bancos del jardín, todo parecía mirarle, acompañando esta mirada con la sonrisa aquella de Emilia: llegó al viaducto. Marchaba sobre el puente hacia la calle de Bailén, tendiendo la vista a su derecha por aquel vasto panorama: allá, a un lado, montes como titanes con coronas de nieve; terrenos desiguales, verde musgo y enormes matajos que parecían negros; más acá, el Manzanares, con sus riberas, que también parecían de nieve, con la ropa blanca allí puesta a secar, las primeras casas de la calle de Segovia, las Vistillas a un lado, hundimientos a otro; allí, debajo del puente, a la derecha, pobre césped de jardín raquítico, y a la izquierda, un caserón ruinoso, mugriento, miserable, con paredes sucias y harapiento vecindario, y las mujeres sentadas en las puertas de sus miserables tabucos, con chambras rotas y refajos raídos.

Pero Fernando no veía semejantes cosas: parecía que era de noche, que hacía frío, mucho frío; que estaba en aquel bellissimo gabinete octógono, elegante, lujoso, confortable, lleno de luz, impregnado de la ambrosia suave que de Emilia emanaba; el añoso roble, como barras de oro, ardía en la chimenea, y luego, allí, a su lado, muy cerca, oprimiéndole una mano en las suyas pequeñísimas, mirándole dulcemente, Emilia, su Emilia de su alma... la viuda más joven, la beldad más famosa del Madrid elegante; la envidia de las mujeres; el martirio de los hombres... su Emilia, con su hermosura espléndida, con sus cabellos negros, con su frente altiva, con su entrecejo hermoso, sereno a veces, a veces sombrío; su mirada ardiente, su pecho levantado, su cintura elástica, su falda ceñida al muslo como demonio a conciencia condenada... y allá, por fuera, vago, sordo, lento, el rumor de la nieve

que caía en blanquísimos copos como pequeños geniecillos envueltos en sudarios blancos... le volvió á la vida el estrépito de un carruaje que se acercaba con rapidez... ¡Emilia, era Emilia, de nuevo, desdeñosa, arrogante, fría, muda, con aquella sonrisa... ¡Creyó Fernando por un momento que á toda la humanidad la tenía allí, puesta debajo del puente para aplastarla si se arrojaba sobre ella...? no lo sé; pero sintiose nuevamente acometido de rabia, escalofríos, desbordamientos de ideas, y preso ya del vértigo se cogió sin bacilar á la baranda, volteose, y fué á estrellarse su cuerpo contra el empedrado de la calle de Segovia.

La justicia se hizo cargo del asunto; registrados los papeles del cadáver, encontráronse en su correspondencia de hacia cinco días, algunas cartas sin abrir, y entre ellas, una, concebida en estos términos:

«Querido Fernando: Te espero á la hora que viniste anoche: ven, y no seas loco; te he querido, te quiero y te querré siempre con toda mi alma.

Emilia del Rio.»

Sin saberse cómo todo Madrid tuvo conocimiento de esta carta.

La rabia, el despecho, el orgullo de Emilia, era porque el infeliz no había acudido á la cita.

Quando Emilia tuvo conocimiento de la catástrofe, quedó como muerta; la pudibunda, la recatada, la intachable Emilia del Rio había perdido su cabeza más grande en el concepto de todos.

Aquella noche, que fué cuando lo supo, se estremecía nerviosamente y despedían sus ojos chispas de rabia.

—¡Tonto! ¡estúpido!—repetía, arrancándose á tirones los finísimos encajes de su bata de seda.—Se mata y me deshonor. Penitencia sin pecado... ¡Jesús! ¡Esto es horrible!

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

MALDITO 6 DE ENERO

I

Oscuro y nebuloso estaba el 6 de Enero; ese mes tan terrible para todo el enfermo que aguarda receloso sus últimos momentos, Ese mes en que el campo aparece desierto, sin verdor ni hermosura, por todas partes yermo. Ese mes que los árboles cual hórrido esqueleto tienden sus descarnados brazos al firmamento, como si se quejarán con amargo silencio, de su tan larga estancia en el maldito suelo, donde todo secándose tiene su fin postrero. Ese mes en que el frío pasando nuestro pecho destroza los pulmones, que ya pedazos hechos, se arrojan por la boca dando á la vida término. Ese mes para el pobre tan terrible y siniestro, que ve morir al hijo, de hambre y de frío yerto, por no tener un trapo con que cubrir su cuerpo, ni un sitio donde pueda ganar para el sustento. Ese mes, que enervado, paralizado el cuerpo; conjelada la sangre, impide el movimiento. No da trabajo el campo á causa de los hielos, á más que en las ciudades

las lluvias y los vientos impiden el trabajo al pobre jornalero. Ese mes maldecido que plagas trae sin cuento; paraliza el trabajo; suelta los elementos; mata al hijo de frío ya falto de sustento; que da las pulmonías; arrebató al enfermo la vida que le queda, dejando sin consuelo á su triste familia; que deja el árbol seco; ese mes maldecido... no... no puede ser bueno.

II

Oscuro y nebuloso estaba el 6 de Enero; oscuro cual la sombra que ofusca el pensamiento: la hija de mi alma, descansaba en su lecho, con la fez descompuesta; en su postrer momento; con la vista perdida; la inchazón en el cuerpo; insensible el oído, y el pensamiento muerto, De pronto abre los ojos; los mueve sin concierto; agita sus bracitos; se contraen sus nervios; y con horrible vómito, arroja turbulento por narices y boca cuanto había en su cuerpo;

cayó pesadamente y acabó su tormento.

III

Luego la amortajaron, metieron en el féretro sus restos tan queridos, y en cuatro candeleros ardían cuatro velas que alumbraban su cuerpo. ¡Qué hermosa estaba muerta! Sus sedosos cabellos descansan en su frente pura como el destello de rayo luminoso que desde el firmamento, el gran astro del día arroja á nuestro suelo. El semblante marmóreo, la boca sonriendo; la barba torneada; sin rigidez su cuerpo; parecía absorbida, en seráficos sueños recordando tranquila sus infantiles juegos.

IV

Pasé la noche en vela mirando el cuerpo muerto del alma de mi vida que siempre sonriendo desconoce la pena en que sumido quedo. ¡Qué noche tan terrible! Qué terribles momentos son los de aquella noche que pasé junto al cuerpo de mi adorada hija viendo su último sueño. ¡Estaba tan dormida...! ¡Yo estaba tan despierto...!

Alumbróel nuevo día;

dia 7 de Enero, y encontré más que nunca vacío el Universo, al pensar que llegaba aquel fatal momento que debía perderla por todo un plazo eterno.

Vino *La Funeraria*...

la dí el último beso... el ataúd taparon... y aun siento en el cerebro, como cuando el martillo del musculoso herrero tropieza con el yunque donde machaca el hierro. Aun siento en mis oídos aquel paso siniestro del conductor del coche que insensible á mi duelo me robaba la calma á la vez que su cuerpo para directamente llevarlo al cementerio... Después... pensé sentirlo... y aún paréceme verlo... uno con mano ruda, teniendo en poco el peso, suspendía la caja, y la dejaba luego en el fondo del hoyo hecho para el objeto. Después... la primer tierra que con sonido hueco cayó dentro la fosa, produjo en mi cerebro tal conmoción de ideas, que ya mi entendimiento cual brújula escapada víctima del mareo; ya no pensaba nada... nada fijo ni cierto.

Más tarde... con la calma renació el sentimiento. Tendí en torno la vista; todo lo hallé desierto; un mundo en la cabeza... en la mente un recuerdo... un día... todo sombras... y á la noche un espectro. Ando... Mis mismos pasos me parecen el eco de aquel paso fatídico que arrebató su cuerpo. Sufro, por el contrario, si me mantengo quieto, porque en mi amarga pena me asusta ese silencio. Me encuentro dolorido, camino macilento; y sólo tengo fuerzas para sufrir sin término, diciendo en mi amargura MALDITO 6 DE ENERO.

ISAAC BANDA Y ALONSO.

PERU

El Perú, una de las nueve Repúblicas de origen español, que se hallan situadas en la América del Sud, linda por el Norte con territorios de las Repúblicas del Ecuador, Nueva Granada y Venezuela, (antigua Colombia); Norte y Este con territorios del Imperio del Brasil y República de Bolivia, Sur con territorios de las Repúblicas de Bolivia y Chile, y por el Oeste con el Océano Pacífico del Sur, en toda la extensión de su costa.

En la época de la conquista por los españoles, el Perú, Imperio de los Incas, constituía gran parte de la actual República del Ecuador; el total de los territorios de las repúblicas del Perú y Bolivia; parte del territorio de la República Argentina, hasta Santiago del Estero; y la parte del territorio de la República de Chile hasta el Biobro.

El Perú, virreinato español, constituía

en sus primeros años, el total de las Repúblicas Argentina, Paraguay, Banda Oriental, Bolivia ó alto Perú, el Perú y Quito.

El Perú, República, se halla situado entre el Ecuador y Trópico de Capricornio; y á consecuencia de las elevaciones de sus cordilleras goza del clima más ardiente, como en sus costas marítimas, hasta las temperaturas más frías, como en sus cordilleras.

El Perú extiende sus costas desde 3° 21' Sur á 22° 23' Sur, y cubre una extensión que se puede graduar más ó menos en 500,000 millas cuadradas. Sobre las costas del Pacífico tiene el Perú una extensión como de 1.400 millas, calculadas desde la embocadura del río Jarumilla que separa el territorio del Ecuador, á la Quebrada de Duendes al Sur del río Loa, donde se hallan bien señalados los linderos por medio de pilares, elevados con ese objeto.

El territorio del Perú se vé dividirse en tres zonas muy distintas en su clima, formación geológica, productos, etc.

La primera zona se extiende desde las orillas del Océano Pacífico, á las alturas de las cordilleras: esta zona varía desde setenta millas, inmediaciones de Arica y Jaena, á doscientas inmediaciones de Lambayepue y Pacosmayo. Esta zona puede considerarse como un inmenso campo desierto, dividido por valles, de más ó menos extensión, que son regados por ríos, que casi todos tienen su origen al Este de la gran cadena de los Andes. Solamente dos ríos han roto la muralla de granito, que los Andes elevan en toda la extensión de la costa del territorio peruano; el uno, el río de Ileta, que tiene su origen en las faldas del Volcan (apagado) de Tacora al Este de la cadena de los Andes, ha roto un pase de la cordillera en Putre, y desagua al mar dos leguas al Norte de Arica; el otro, el Loa, que tiene su origen en el volcán Nuño, al Este de los Andes, como al Sur, recibiendo muchos tributarios, rompe la cadena de los Andes en Chinchín y desemboca al mar en latitud entre 21 y 22° al Sur. En esta zona todos los terrenos que se riegan con los escasos manantiales ó ríos, son de primorosa fertilidad: en esos terrenos y valles los productos son tan variados como abundantes; y abrazan los granos y frutas de los climas más ardientes como de los templados. En el valle de Chicama, departamento de Trujillo, por ejemplo, crece la caña de azúcar de la mejor calidad, y á corta distancia se produce en abundancia el trigo y cebada. El plátano, la chirimoya, la palta ó aguacate y otras frutas de climas los más ardientes, se producen en el Perú en los valles de los Andes, y en alturas de más de seis mil pies. La frutilla se produce en gran abundancia en las inmediaciones de Churito á orillas del lago Titicaca, y á más de 12.000 pies de altura.

La segunda zona del Perú la forman los territorios y altiplanicies de los Andes, campos cubiertos de paja y pastos, donde se apacentan los rebaños de llamas y alpacas, que cuidan los aborígenes; y no cortas manadas de ganado vacuno y lanar, que constituyen las propiedades de los hacendados, en casi su totalidad descendientes de los conquistadores. Esta segunda zona es la que se conoce con el nombre de Sierra, tiene una anchura como de cien leguas en algunas partes. El clima es frío; caen en los meses de Noviembre á Marzo grandes aguaceros, acompañados á veces de rayos, granizo y nieve. En esos campos vastos, se elevan cadenas de cerros de más ó menos alturas, y en muchos puntos se cosechan grandes cantidades de papas, cebada en ramo y grano, y *quinua*: esta última es planta que produce diminuto, pero muy nutritivo grano, aun en temperamento muy frío.

La tercera zona es conocida con el nombre de Montaña. Son las cuchillas que bajan de las cordilleras de los Andes (segunda cadena interior de que me ocuparé después) forman al principio reducidos campos, que se convierten luego en dilatados é inmensos llanos, cubiertos de grandes arboledas, y surcados en todas direcciones por gran número de caudalosos ríos. El calor del clima produce gran evapora-

ción de humedad, resultando grandes acumulaciones de nubes, que puede decirse constantemente cubren esas vastas regiones, habitadas casi exclusivamente por tribus salvajes, de variados dialectos.

Estudios geológicos modernos demuestran que todos estos territorios se han ido solevando del fondo del mar, en miles, quizás millones de años. Descubrimientos de pocos años ha, demuestran la existencia de grandes depósitos de carbón, de bosques petrificados, en la zona segunda ó sea la Serranía, donde hoy no crece un sólo árbol ni arbusto. Dos leguas al Sur del pueblo de Atangaro, departamento de Pino, puede decirse en el centro de la segunda zona, se han encontrado los árboles petrificados en gran cantidad; árboles y frutos desconocidos hoy por completo, ese lugar se llama Queara. Las quebradas y llanos de la primera zona, ó sea la costa, se hallan cubiertos de cascajos conglomerados, arrastrados de las cordilleras, por los torrentes de aguas, en dilatados años de existencia.

Hoy puede decirse que no llueve en las costas del Perú. Desde Marzo á Octubre caen poco abundantes *garuas*, que no son más que neblinas recargadas de humedad y no aguaceros. Aun con esa ligera humedad, los campos en muchas partes de la costa, como Atiquipa, Lachay, etc., se cubren de abundantes pastos, de fragantes flores.

Muy largas han sido las discusiones que se han suscitado respecto á la carencia casi absoluta de aguaceros en las áridas costas del Perú. La opinión que hasta hoy pareciera más aceptable, es la de que los vientos alisios, que constantemente soplan en el Atlántico del Sur, al pasar sobre el continente de la América del Sur arrojan las nubes cargadas de abundantes humedades sobre esos dilatados campos, donde la atracción de la montaña (La Arboleda) atrae los aguaceros, y que al llegar ya las nubes á la Cordillera de los Andes, se hallan exhaustas de sus superabundantes humedades, y no tienen ya aguas para arrojar sobre las costas del Oeste de la Cordillera á donde ya llegan esos vientos alisios desprovistos de humedad. En apoyo de estas ideas sostienen sus autores, la teoría de que esos mismos vientos alisios al pasar por los dilatados campos de la República Argentina (Las Pampas) como no encuentran montaña (Arboleda) no descargan toda su humedad, resultando abundantes lluvias en el territorio Oeste de la Cordillera, que es el de la República de Chile, no sucediendo lo mismo con los citados vientos alisios al pasar sobre los campos del Brasil, Bolivia y el Perú, cubiertos de inmensos bosques que, como he dicho, extraen la casi totalidad de las aguas de las nubes. El viento que generalmente sopla sobre las costas del Perú es el del Sur, de donde también corre constantemente una fuerte corriente hacia el Norte, por toda la extensión de las costas marítimas. El total de las costas del Perú se halla dividido por valles que han formado los ríos, ó más bien, torrentes que bajan de las cordilleras. Estre un valle y otro existe el desierto de arena, que á la distancia del mar, parece formar el total de las costas del Perú. Los desiertos de Huanuey, Departamento de Aucach, y la Pampa de la Clemeci en los Departamentos de Mogueta y Arequipa tienen veinte y cinco leguas de extensión, sin encontrarse en tan dilatados espacios una sola vertiente de agua, un sólo arbusto. En esos campos como en muchos otros, como las Pampas entre Arequipa y Mollendo, se hallan alturas de movedizas arenas, llamadas Médanos de grandes dimensiones. El médano inmediato á Iquique tiene una legua alrededor de su base; el inmediato á la ciudad de Ica, llamado Saraga, tiene igual dimensión y una altura como de doscientos pies. Todos los médanos tienen el costado convexo hacia el viento alisio, y forman la figura de un herraje. El más pequeño viento les cambia el aspecto, y en algunos campos, como la Pampa de Arequipa se les ve *marchar como cerros ambulantes*, formando las más extravagantes y curiosas figuras. Como los granos de arena que forman esos médanos no tienen la más

pequeña cohesión entre sí, el viento mueva esas enormes masas de arena con la mayor facilidad. Si existiesen en nuestras costas violentas conmociones de viento, es indudable que podría sobrevenir á los transeuntes un cae taclismo como el que nos refiere la historia sobre vino al ejército de Cambyses, cuando regresó de saquear el Templo de Júpiter Ammon en Libia, quedando hoy mismo sepultada enorme cantidad de hombres, caballos, etcétera bajo las capas de ambulantes arenas. Cuando el viento es algo activo, se mueven las arenas con extraordinaria ligereza, chocan millares de granos contra otros, causando un extraño sonido como un quejido prolongado. Autores antiguos nos refieren que en los desiertos de Egipto se oían al salir el sol, sonidos como de lejana música en esas soledades; ¿no sería el choque de granos de arena, al moverse con la suave brisa, que generalmente levantan los rayos del sol, al aparecer sobre la faz de la tierra, lo que producía esos sonidos musicales?

Las rocas arrastradas por las corrientes de agua de Noviembre y Marzo, se trituran y se convierten en arenas, que las olas del mar arrojan á las playas. Las brisas del Océano levantan esas arenas, las conducen á los campos, las arrojan lentamente á los valles y quebradas, de los valles y quebradas las aguas torrentosas las arrastran nuevamente á los ríos y á los mares, las olas de éstos otra vez los arrojan á las playas.

Son evoluciones sobre evoluciones; es el cambio constante de la naturaleza, su marcha sempiterna para producir los mismos efectos, idénticos resultados. Así el hombre nace, crece, y al fin perece, de sus despojos mortales se forman las plantas, que produce los alimentos que dan vida y existencia á otros hombres, los que á su vez también perecerán para cumplir las leyes de la naturaleza.

MODESTO BASADRE

ESPAÑA

La utopía

Tal es la palabra que aplican á nuestra idea los que no han madurado bien su significación. Acostúmbrase en nuestra patria á juzgar por apariencias, á meditar poco, á mirar las cuestiones más serias y profundas de modo ligero y superficial; y cuando un hombre ó una asociación, se presenta con nuevas ideas, con moldes nuevos para el pensamiento, se les suele premiar con una sonrisa de mal contenido desprecio; ó con un calificativo desdeñoso. Mas por fortuna nuestra, no siempre sucede esto, ni todos los ánimos son asustadizos, ni todos los hombres son pusilánimes, ni todos están enamorados de lo antiguo. «La utopía de un día es el ideal del que le ha de seguir.» Esto afirma uno de nuestros grandes escritores, y esto entendemos nosotros que se cumplirá, como ha venido cumpliéndose en todas las edades de la historia. Pocos pueblos de la antigüedad tan cultos como Grecia, y pocos hombres tan sabios y tan ilustres como Sócrates. Enamorado de un ideal que había sabido elaborar con su propio pensamiento, levanta el velo de la ignorancia que se había tendido aún sobre las inteligencias más ilustres de aquellos tiempos, y afirma un principio que su razón le daba como inmutable y como eterno. Para el pueblo griego que respetaba y seguía con entusiasmo á aquellos sofistas que se hacían filósofos por la ganancia, y daban una torcida y peligrosa dirección al pensamiento humano, Sócrates era un visionario, y utópico los principios que explicaba y mantenía; y en tanto que los primeros estaban en gran predicamento, el segundo era objeto de burla y de chacota en aquella nación, que tuvo muchos mártires, como tuvo muchos genios. Los que defendían el pró y el contra indistintamente en cuantas cuestiones se les presentaban, para que fuesen dilucidadas, ocuparon altos puestos de la República y gozaron de los bienes morales y

materiales á que se hacen acreedores todos los que venden y prostituyen el pensamiento, pero la posteridad los mira con desden; en tanto que Sócrates, el martir de la idea, el defensor del Dios único, el *utópico*, es bendecido y es admirado en todos los tiempos y por todos los hombres.

Por loco se tenía al batallador Luciano, cuando en sus escritos, llenos de verdad y de amargura, anunciaba la destrucción inmediata del paganismo. Visionarios y perturbadores de la sociedad romana eran también los cristianos cuando escondían su doctrina y cobijaban sus principios en la lobreguez de las Catacumbas. Los emperadores no podían escuchar tranquilos las máximas morales que el estoicismo había fundamentado y propagado en aquella edad de desenfreno, que partiendo de la diadema imperial se había extendido hasta el último de los esclavos, pues siempre la tiranía juzgó pernicioso la ilustración del pueblo, porque pone al descubierto sus flaquezas y las miserias de quien no puede consentir que se refrene su soberbia y se ponga límite á sus brutales instintos.

Ya no ha servido que el caudal del progreso se aumente, y que la ilustración tome mayores alientos.

Aparecen como puntos luminosos en las tenebrosidades de la edad media, y después en la moderna, grandes reformadores que van poco á poco redimiendo la conciencia de la esclavitud en que venía yaciendo, y prestando alas al pensamiento para que buscara horizontes nuevos donde vivir; y en pago de estos beneficios y como premio á estas conquistas, sólo encuentran la censura de espíritus entecos el calificativo de utópicos que sobre ellos lanzan las almas asustadizas, y Servet combatiendo un dogma ridículo y tomado de antiguas teogonías, y Galileo echando por tierra en un momento afirmaciones bíblicas que parecían eternas, y Giordano confirmando con su muerte la grandeza de su idea, y Lutero dando golpe de muerte al pontificado en sus ambiciones desmedidas, y Colón ensanchando los límites de la tierra, sin temor á los latidos del mar ni á las carcajadas de una elerigalla virgen de la ciencia, y Cervantes dando terrible golpe á una nobleza de relumbrón y á sociedad supeditada por la ignorancia, y Voltaire haciendo trizas con sus plumas los caducos principios que habían convertido al hombre bestia y al espíritu en juguete de tiranuelos, son los utópicos, los visionarios, los fantaseadores eternos. ¡Bendita locura, que va elevando á la humanidad á las esferas de la perfección!

Pero ni aún estos ejemplos convencen á nuestros adversarios. Saben demasiado que su ideal está agonizando; que en vano un obispo declara ante la representación nacional la poca fuerza del principio católico, y que sin fruto levantó el sacerdote los brazos al cielo en actitud de súplica. Navegaba tranquila al parecer la nave de la Iglesia por el mar de la española sociedad, cuando, según dicen, veníamos á perturbar su feliz camino con el huracán de nuestras predicaciones. Entienden que el catolicismo es eterno y que sólo con él se encuentra la perfección; que no hay honradez ni dignidad, ni alteza de miras, ni nobleza de sentimientos fuera de la Iglesia. Nos llaman utópicos, cuando los verdaderos visionarios son ellos, que pretenden vivir y prosperar en una sociedad minada ya por la indiferencia y á punto de convencimiento, por el racionalismo. El cielo de nuestro tiempo no está empañado por las nubes que se elevan en las hogueras inquisitoriales. La utopía está en los que anhelan sostener un cuerpo sin vida, un árbol sin savia, un templo sin base, una institución envejecida. La utopía está en hacer de la caridad una palabra vana, de la humildad boato, del trabajo, servidumbre, de la bula comercio y del pulpito tribuna.

No son utópicos, no, los que cual nosotros predicán la caridad y la practican con todos los hombres, sin mirar sus procedencias; no son utópicos los que aman la ilustración, y en la medida modesta de sus escasas fuerzas, pero con la energía de voluntades de hierro, la pro-

pagan y la difunden; no son utópicos, no, los que aborreciendo las tinieblas de la ignorancia, procuran disiparlas y hacerlas desaparecer de las inteligencias atrasadas y de los espíritus oscuros; no son utópicos, no, los que abogan por la enseñanza de la mujer: no son utópicos, no, los que abren escuelas en donde no se impone la religión, sino que se acostumbra al niño á que ame la ciencia sin violentarle; no son utópicos, no, los que mantienen los tres grandes principios de nuestro tiempo: la libertad, la igualdad y la fraternidad entre todos los hombres.

Lo utópico está en los que tienen su rostro vuelto hácia el pasado, y despreciando el presente, quieren entorpecer los progresos futuros.

ANTONIO R. GARCÍA-VAO.

COLOMBIA

SUS CONDICIONES GENERALES EN LA ACTUALIDAD

Una circular que la cancillería de Bogotá ha dirigido al cuerpo diplomático, sobre el estado actual en que la nación se encuentra, contiene datos importantes que revelan la fuerza de vida de aquellos pueblos, cuyos progresos no se detienen á pesar de sus infinitas desgracias de todo género.

Hé aquí ese interesante documento que complementa las excelentes disposiciones del gobierno del general Núñez en pró de las reformas, las cuales habrán de comenzar por la de la ley fundamental de la República.

La adjunta «Exposición sobre forma constitucional,» dirigida por el Excmo. Sr. Presidente de la República al Consejo de Delegatarios, os dará una idea exacta de la situación general del país con relación al orden público, y de las aspiraciones del pueblo colombiano á un gobierno más estable que los que ha tenido hasta hoy día. El Consejo nacional de Delegatarios, compuesto de hombres eminentes por sus luces, experiencia, virtudes y merecimientos patrióticos, se reunió en esta ciudad el 11 del presente. Sus miembros se hallan todos animados del más vehemente deseo de dotar á Colombia con instituciones en armonía con su índole y sus tradiciones, que abran para esta Patria, víctima hasta hoy del espíritu revolucionario, una era de paz, de concordia y de progreso efectivo.

A pesar de la costosa y sangrienta guerra que acaba de azotar al país, el movimiento industrial y comercial no se ha suspendido del todo. La ferrería de Subacho que adelanta sus trabajos de establecimiento, produce fierro fundido y maleable de excelente calidad, y cuenta con las máquinas necesarias para fabricar rieles. En Medellín fundó, en medio de la guerra, el Sr. Pastor Restrepo, una oficina de apartado del oro y de la plata, por medio de la electricidad, ingeniosísima aplicación de este fluido, inventada por él.

Acaba de abrirse en esta ciudad el «Banco internacional» con 160.000 pesos de capital, y una compañía norte-americana se prepara á fundar un banco minero en Medellín. Otra compañía norte-americana ha comprado tres séptimas partes de la rica «Empresa del Zancudo,» por la suma de 1 714.300 pesos.

La construcción de las vías férreas que fomenta el Gobierno nacional se ha suspendido temporalmente, con excepción del ferrocarril de Girardot, en que no se ha dejado de trabajar. Se han entregado al servicio público veinte millas de esta vía, que comprenden la distancia entre Girardot y Portillo, punto situado dos millas más acá de Tocaima. Se piensa activar cuanto sea posible la construcción de esta obra, que pondrá á la capital en comunicación directa con el río Magdalena.

El gobierno ha comprado el teatro de Bogotá, y se propone agrandar y reparar el edificio para apropiarlo á la representación de los espectáculos que deben servir de entretenimiento á una sociedad culta.

La bibliografía colombiana se ha enriquecido con la publicación hecha en este año en

Paris por nuestro erudito compatriota el doctor Manuel Uribe A., de la «Geografía general y Compendio histórico del estado de Antioquia.» Esta importante obra, de 800 páginas, impresa en esmerada edición y con 35 bellos grabados y dos mapas, contiene datos y noticias muy interesantes.

La industria nacional está en decadencia desde el año de 1882, que fué cuando empezó á sentirse en los mercados europeos la baja de los de nuestro principales productos de exportación del reino vegetal: la quina y el café. Esa baja ha seguido creciendo año por año, de una manera alarmante, y ha producido una crisis monetaria que la guerra ha agravado. No alcanzando el valor de los artículos de exportación á cubrir el monto de las importaciones, se ha exportado parte de la moneda. La diferencia que en contra de la circulación en Bogotá resulta entre el dinero que entró en los diez y seis meses que precedieron á la última rebelión, y el que salió por los correos nacionales, es de 1.359.635 pesos.

Para dar una idea aproximada de la marcha de nuestra cemericio en los últimos veinte años, apunto los datos siguientes, tomados de las Memorias de Hacienda:

AÑOS	IMPORTACIONES	EXPORTACIONES
	Pesos fuertes.	Pesos fuertes.
1864 á 1865.....	6.723.593	5.012.691
1865 á 1866.....	7.897.205	6.772.017
1866 á 1867.....	5.526.773	5.494.259
1867 á 1868.....	6.392.866	7.376.997
1868 á 1869.....	7.255.092	8.137.000
1869 á 1870.....	5.843.451	8.077.153
1870 á 1871.....	5.862.711	8.247.817
1871 á 1872.....	8.045.982	8.253.806
1872 á 1873.....	12.515.639	10.477.631
1873 á 1874.....	11.165.491	10.587.282
1874 á 1875.....	6.840.028	9.984.836
1875 á 1876.....	7.328.928	14.477.897
1876 á 1877.....	6.709.109	10.049.071
1877 á 1878.....	8.708.797	11.111.196
1878 á 1879.....	10.787.654	13.711.511
1879 á 1880.....	10.387.003	13.804.981
1880 á 1881.....	12.071.480	15.836.943
1881 á 1882.....	12.355.555	18.514.116
1882 á 1883.....	11.505.028	14.857.170
1883 á 1884.....	9.926.486	13.601.178

FRANCISCO DE LA FUENTE

REVISTA DE MADRID

Estamos en el teatro del tiempo.

La cortina se ha descorrido y aparece en la escena el año de 1886.

Siempre que comienza un año, la esperanza, esa niñera del corazón, que contándonos cuentos de color de rosa nos lleva insensiblemente al término de nuestro viaje, dice á los pueblos y á los hombres: «Olvidad el ayer triste y sombrío, y ved qué risueño y juguetón se acerca el año nuevo.»

Y todos nos dejamos engañar, lo mismo el joven que comienza á vivir, que el viejo que á pasos de gigante se acerca á la tumba.

La esperanza repite constantemente el milagro de los panes y los peces, repartiendo con prodigalidad entre los hombres dichas que no pasan de un puñado.

Nada es capaz de hacer comprender la paz inefable de que disfruta, Dios, como la reflexión que nos hacemos en este instante, y es que, conociendo todo lo porvenir, no hay lugar en su naturaleza divina para la esperanza, esa mentira sin pecado, de que no se exime la conciencia de los justos. En cambio, quitada del corazón humano, y arrancaréis la sonrisa del rostro de los jóvenes, y la resignación del alma de los viejos, dejando el mundo en la miseria, es decir, en su triste realidad, en la simple posesión de lo que existe, tan mezquina para la suma de todos los deseos y todas las codicias. ¿Con qué cubriríamos ese déficit enorme que salda generosamente la esperanza?

Seríamos crueles, si pretendiésemos cegar esa fuente de riqueza que ofrece en perspectiva el año nuevo; y seríamos insensatos á la vez, porque se pueden arrebatarse al hombre sus bienes, su amada, su su carrera, su fama y sus disfraces. Pero ¿cómo robarle una joya que no se sabe siquiera dónde guarda? Y, sin embargo, es el hombre tan poco precavido, que siendo la esperanza su mayor tesoro, hay quien la deposita en el corazón de una mujer. ¿Qué tiene, pues, de extraño que la depositemos todos en el año de 1886, ese joven desconocido que se nos ha entrado por las puertas?

Dejemos también á Madrid entregarse á las más risueñas esperanzas.

La llegada del nuevo año nos recuerda los conocidos versos de Campoamor:

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.

La vida del año, como la vida del hombre, comienza triste y llena de lamentos, como triste y llena de suspiros acaba; y el hombre, como el año, tiene en su vida períodos diversos caracterizados por profundas modificaciones y distintos aspectos de la naturaleza.

Parece que la mano del tiempo desarrolla cada año ante los ojos del hombre ese magnífico cuadro de los fenómenos naturales, para que admire en la naturaleza, como en un espejo, constantemente reflejados los prodigios de su organización física, y se eleve su espíritu, por la contemplación de tanta maravilla, al reconocimiento de su noble y altísimo origen.

Contemplemos, pues, ese asombroso panorama que á nuestra vista se despliega, no bien el mes de Enero nos abre las puertas del año.

El cielo, triste y velado casi siempre durante el día por espesos celajes grises que impiden al sol caldear nuestra atmósfera, despéjase por las noches, que nos descubren un firmamento majestuoso y tachonado de estrellas ó pálidamente alumbada por una luna melancólica que derrama triste claridad sobre el mundo, como una lámpara funeraria sobre la blanca losa de un sepulcro.

La atmósfera está henchida de humedad. Los troncos encendidos chisporrotean en los hogares, arden con dificultad, y el humo se reparte en torbellinos por el interior de la estancia.

Tended la mirada por los campos. ¡Qué triste emoción, y á la vez qué sublime espectáculo por do quiera! Lo mismo el fondo de los valles que las crestas y picachos de los montes, lo mismo los antes poblados bosques que las siempre áridas llanuras, todo blan-

quea, todo parece envuelto en el frío sudario de la muerte.

El labrador no sale de su hogar para ir á verter en el campo el sudor de su frente y en el aire la alegría de sus cantares, los ganados no abandonan el aprisco para ir á pastar las hierbecillas de los prados.

El invierno ha extendido su helado manto sobre la Naturaleza.

Parece como que en el espacio flota algo misterioso que tiende á paralizar, á destruir todo lo que alienta, todo lo que palpita, todo lo que vive.

Diríase que hay en esta época una verdadera suspensión de vida en la Naturaleza.

Pero no, la Naturaleza jamás reposa, ni se paraliza jamás ese gigantesco laboratorio donde se produce la vida de todos los seres, ni se apaga jamás ese fuego intenso y misterioso que anima constantemente la ebullición de todos los organismos.

Lo que hace la Naturaleza es recogerse y como reconcentrar en el seno de la tierra todos sus esfuerzos vitales para reaparecer un día deslumbrante de galas y ostentosa de nuevos frutos.

Lo que hace la Naturaleza es preparar en su regazo maternal nuevos seres que han de brotar á la vida, como la tierra madre nutre con su sangre al ser que se agita en sus entrañas y que ha de salir á poblar el mundo.

Así bajo las capas primeras de la tierra y en las hendiduras y grietas de los árboles reposan millares de larvas de insectos, que pasan en este estado la infancia de su vida, saliendo luego del capullo á vibrar al sol sus resplandecientes alas.

Así también las plantas y las semillas se ramifican bajo la tierra en infinitas y delicadas raicillas, acumulan en ellas toda su vida, y crecen luego y se desarrollan mediante los jugos que por sus boquillas ó esponjuelas absorben del terreno.

Y todo esto se verifica aun en medio de las más recias nevadas. Y es que la nieve, á pesar de su baja temperatura, no tan baja, sin embargo, como la del hielo, lejos de congelar los jugos de las plantas, las

sirve de abrigo y resguardo contra las crudezas de la atmósfera, á la vez que fundiéndose los primeros copos por el calor que irradia de la tierra, se filtran por las primeras capas de ésta, saturándola de la humedad que necesita para la germinación de las semillas.

Así, cuando al despertar una mañana de invierno veáis el cielo entoldado de una nube uniforme y blanquecina y millones de nevados copos caigan oblicuamente blanqueando vuestros tejados y depositándose en las cornisas de vuestras casas y en el cancel de vuestra ventana, lastimados del infeliz viandante y del misero mendigo, pero no maldigáis la nieve, ¡que ella es el maná bendito que alimenta y fertiliza nuestros campos!

¡El mes de Enero es el mes español por excelencia!

Si no tuviera nombre, en España se le daríamos muy apropiado: es el mes de los *buenos propósitos*; no hay hijo de la tierra ibérica que no cumpla el adagio *año nuevo, vida nueva*: el despilfarrador y pródigo, el holgazán incorregible, el político veleta, la coqueta sin corazón, el escolar indolente, el revisor abandonado, todos absolutamente formamos propósitos excelentes en el primer mes del año. «¡Ah! este año, decimos, no ha de ser como el pasado; este es el año de la enmienda; trabajaré, seré puntual, económico, constante en el amor; escribiré las revistas á tiempo, un hombre modelo, en fin.» Esto no es obstáculo, sin embargo, para que después de tan excelentes propósitos, seamos en el año nuevo peores, si cabe, que en los anteriores; y, para no desmentir nuestro abolengo moral, comencemos por perder el tiempo en inútiles visitas y por regalarnos con exquisitos manjares.

¿Será este año una excepción la humanidad? Creo que no. Es, pues, seguro que el mes de Enero de 1886 será como todos; el mes de los buenos propósitos.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

Imprenta de Ulpiano Gómez, Cabeza, 36, bajo.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA

COMPANÍA TRASATLÁNTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.

El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Saïd, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 2

Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larritaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favoreció.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distingue

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas, herramientas, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzembuch y Ayala; de los actores Maíquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º.—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, calle de Columela, núm. 4, bajo, derecha.

OBRAS EN PREPARACION

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.

Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres ilustres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma en afst nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en castellano español á dos columnas; buen papel y esmerada impación, de Ir ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecut laminas de los extremos más ilustres. El cuaderno que contenga 24 páginas constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Péter y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Marotín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 3